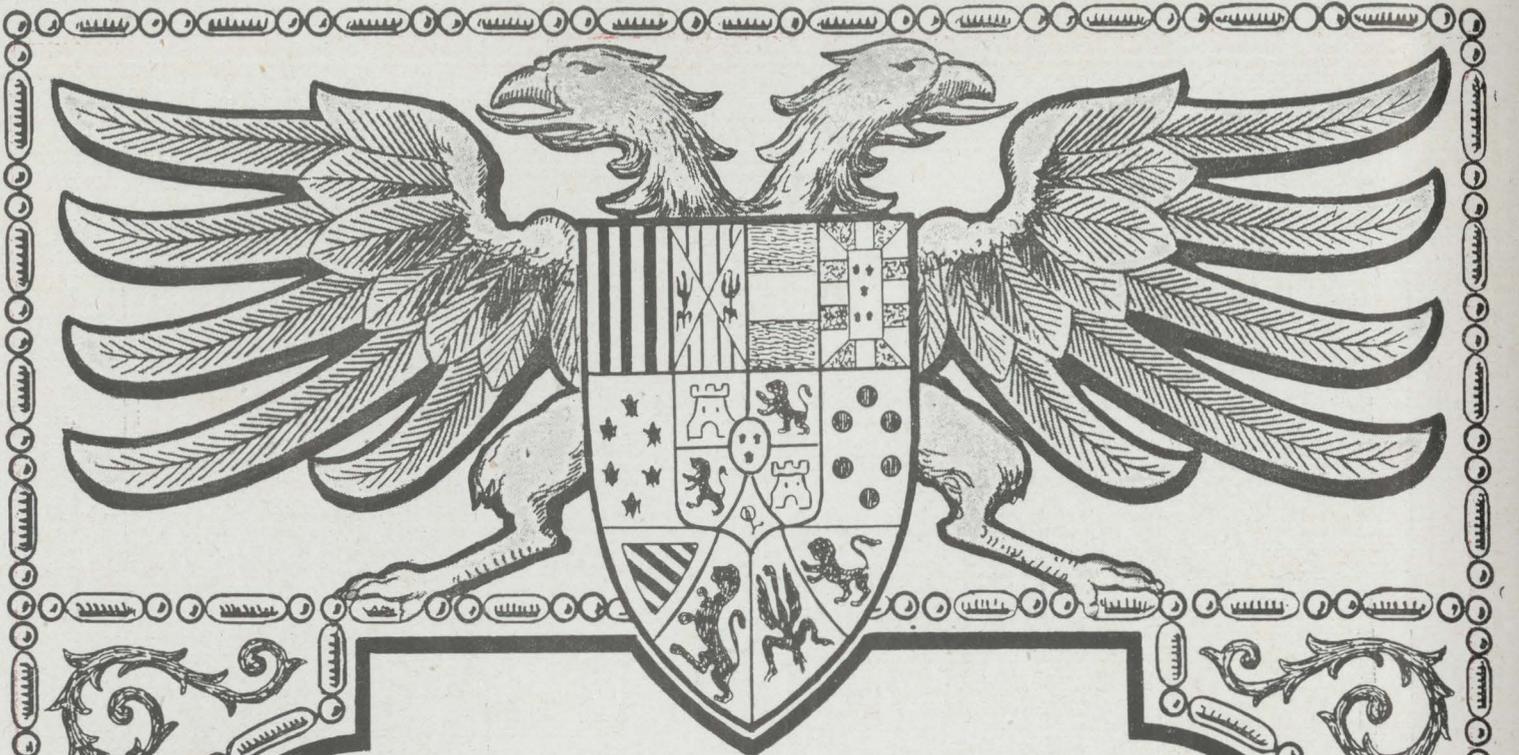


TORRE REVELLO

OROMANA

REVISTA DE LAS ESPAÑAS

y DE EXALTACIÓN A LA BÉTICA UBÉRRIMA E INMORTAL



ACEITE ESPAÑOL

ALTEZA

- PRODUCTO PURÍSIMO -
DE OLIVAS SELECTAS

MARTÍ Y GUTIERREZ

COSECHEROS Y EXTRACTORES
ALCALÁ DE GUADAIRA
SEVILLA

POR CINCO PESETAS UNICAMENTE

RECIBIRÁ UD. DURANTE TODO EL AÑO

OROMANA

REVISTA DE LAS ESPAÑAS

Calzados ESTRANY



No dejen de adquirir sus
CALZADOS

en los famosos almacenes

CIUDAD
DEL BETIS

Plaza de Alfonso XIII núm. 20
ALCALÁ DE GUADAIRA



Casa Central SEVILLA
Don Alonso el Sabio núm. 9

Sucursales: MÁLAGA - CÓRDOBA - HUELVA



GOTAS DE ORO



SON PARA SU
ESTILOGRÁFICA

LAS GOTAS DE

TINTA SAMA

CREACION "SAMA"
2146



OROMANA

REVISTA DE LAS ESPAÑAS
y DE EXALTACIÓN A LA BÉTICA
UBÉRRIMA E INMORTAL

NUMEROS VEINTISÉIS Y VEINTISIETE

NOVIEMBRE-DICIEMBRE 1926

DIRECTOR: MANUEL CARMONA

ARTE Y COLABORACIÓN: PEDRO RAIDÁ

ADMINISTRADOR: FERNANDO CARMONA

ADMINISTRACIÓN: VELÁZQUEZ, 11

S E V I L L A

REDACCIÓN: ORELLANA, 32

ALCALÁ DE GUADAIRA

MOMENTOS

I

Pinar en sombras — negro endriago —
que el río, manso como un lago,
copia invertido y fantasmal.
La noche canta fantasías;
vuelca en el agua pedrerías
de su prodigio sideral.
¡Fosforescencias en el cieno!
Grato mirar. De encanto lleno,
no alzo mis ojos del cristal
mientras que al fondo estrellas bajen.
¡Siempre más bella fué la imagen
que lo real!
Entre el silencio que te nombra,
me estoy diciendo. — Ella está en mí...
¡Y voy haciendo de la sombra
una alba estrofa para Tí!

II

En una vieja cornucopia
que mi amigable estancia copia
con un dorado tornasol,
veo, a mi espalda, que en la sala
tú apareciste, toda gala,
toda sonrisa, toda sol.
Deslumbra verte en el espejo
que te aureola de oro viejo.
Mas yo desdeño el vil cristal
aunque sus oros no te alhacen.
¡Nunca más bella fué la imagen
que lo real!
Rápido vuelvo hacia ti. Loca,
ríes y ríes junto a mí...
¡Frutas de amor pone mi boca
sobre tu boca de rubí!

JOSÉ M.^A MONFORT

EXCURSIONES

OROMANA

 INICIAL: 

A LA CUNA DE CINCO
EMPERADORES LATINOS
y A LA TUMBA DE UN
HÉROE DE LA RECONQUISTA

TRES veces: ¡Albricias!

Por cuando se hizo verdadero nuestro ideal—soñado impacientemente—, por la realidad cumplida; y albricias, que ella nos demarcó mayores horizontes a los sueños de la empresa. Porque esta es la buena nueva.

—Nunca nos fuera dado presagiar despertar más grato, ni término más feliz a la alegría del Domingo 12 de Diciembre de 1926—dicen y reiteran D. Manuel Carmona de los Ríos, director y editor de OROMANA, su administrador D. Fernando Carmona Díaz y el que lo siguiente os refiere, en espíritu con sus fraternales aludidos compañeros.

Verteremos siempre vino de intensa recordación. Siempre lo verteremos oloroso por el óptimo día,

Porque, transmontada la cumbre de los anhelos, escanciado el resplandor de la amable tangibilidad de los hechos propicios, y ahora, y porque es también alta la convicción de nuestro propósito, realizando las peregrinaciones de exaltación a

lo bello, las romerías de amor a la cultura, seguiremos planeando nuestros viajes adelante... y hacia donde sepamos de historia, y hacia donde nos informemos de atracción.

I

EN EL MONASTERIO



Fot. JOSÉ CAÑIZARES

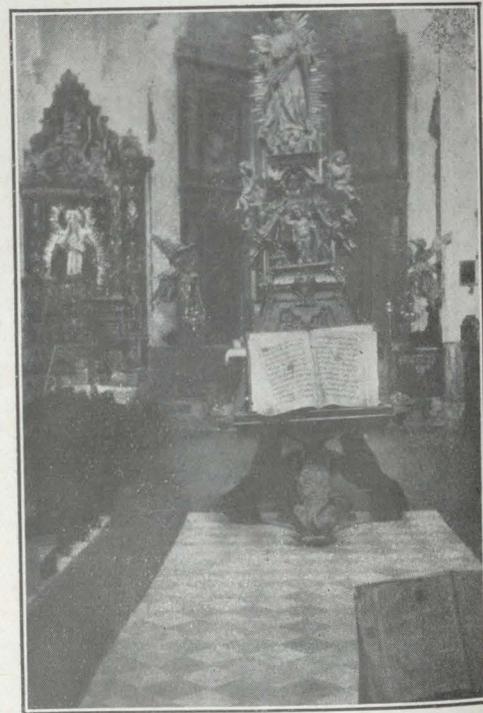
San Isidoro del Campo. Dos kilómetros precediendo el lugar de postración de las ruinas de Itálica,



Fot. FÉLIX POZO

y por el encanto y la gracia de las mujeres que lo iluminaron de entusiasmo y lo aromaron de simpatía; y por la ilustre representación de selectas personalidades que nos acompañaron a la primera etapa, inicio de las muchas jornadas que proyectamos recorrer—si alguna imprevisión no obstaculiza nuestras intenciones—, en busca del pasado sabio, viril, evocador; en especulación del presente extraño, amplio, maravilloso.

TESOROS
ARTÍSTICOS
DEL
MONASTERIO
DE
SAN ISIDORO
DEL CAMPO
RETABLOS



Fot. JOSÉ MONFORT

y breve trecho de entrada a la villa de Santiponce.

Una hora de salutación al arte, al encanto viril de la soberbia fábrica donde yacen, bajo el emplazamiento de sus tumbas y estatuas orantes, sus ínclitos fundadores—reza la crónica en el año 1301—Alonso Pérez de Guzmán «El Bueno» y su esposa D.^a María Alonso Coronel.

La fina y rotunda portada, mágico plasmó y hermanación

del ladrillo raspado y la peculiar azulejería, por donde quisiéramos penetrar en la Iglesia del Monasterio, está cerrada. Nos hacen, empero, la grata merced de viarnos, con gesto cordial— ¡Andalucía!—acceso por un lindo patinillo de flores. ¡Inmejorablemente! Hemos entrado por un florido sendero de vida, manante de esplendor y de luminosidad! ¡Un regalado cesto de afabilidad, estremeciendo el sol en sus temblorosos y otoñales matices!

Las distinguidas señoras: María del Carmen de Contreras, Dolores de Carmona, Consolación de Ráida, y las cautivadoras señoritas: María del Valle Carmona, Trini, Anita y Dolores Calvo, María Luisa, Dolores, Marta y Angélica Cordero, Dolores y Conchita Mediano, María Luisa Morillo, ¡cómo llenaron sus delicadas manos de jazmines y de violetas, y cómo se enriquecieron del fruto de esas bonitas macetas y el de esos arriates bellos del incomparable vergel monasteriano. ¡Otra vez Andalucía!

Pero el tiempo se iba. Había que distribuirlo ordenadamente, para no dejar de visitar los interiores del místico recinto, que hasta el año 1431, que lo obtuvieron los Ermitaños de San Jerónimo, fué conventual de los Monjes Bernardos de la Orden del Cister, y ahora...

Ahora suspendamos toda divagación. Ahora pensemos en que nos hallamos en un patio hermoso, rectangular, de estilo mudéjar, de dos pisos. Viril y simultáneamente gallarda manifestación de arquitectura, de amplitud y de soledad, de serena expansión y alegre recogimiento.

Y en este mismo patio, donde se fermentan callados rumores de queda meditación, al par que las risas de rubias y morenas, distiéndese de pronto el ánimo al exclamarse su nombre: «Patio de los Muertos».

Ciertamente. En este hermoso levantamiento, donde resplandecen la cal, el ladrillo, la cerámica, en arcos, columnas, pretilos de remoto abolengo, descansan los restos de los Religiosos que en los tiempos de esplendor para la mansión, consagraron sus vidas a la vida del Monasterio.

.....

¿Nuevas contracciones en el ánimo? No; el «Patio de los Evangelistas», libre de fúnebres ejercicios y patéticas evocaciones, nos muestra los restos exangües de sus mutiladas y descarnadas pinturas al fresco, de comienzos del siglo XV, rememorando Santos y Obispos en cromación con Religiosos y otras figuras representativas de escudos, lacerias, etc.

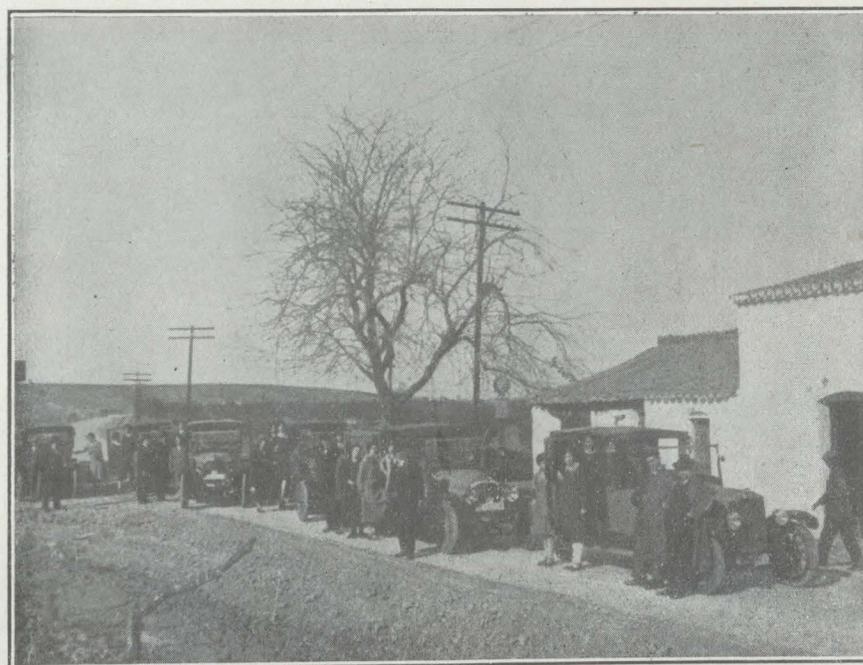
Pasos más, y el Refectorio. Aquí, ya nada:



Los excursionistas en uno de los más bellos patios del histórico recinto, pasan dos veces—a la entrada



y a la salida—ante los objetivos de Pozo



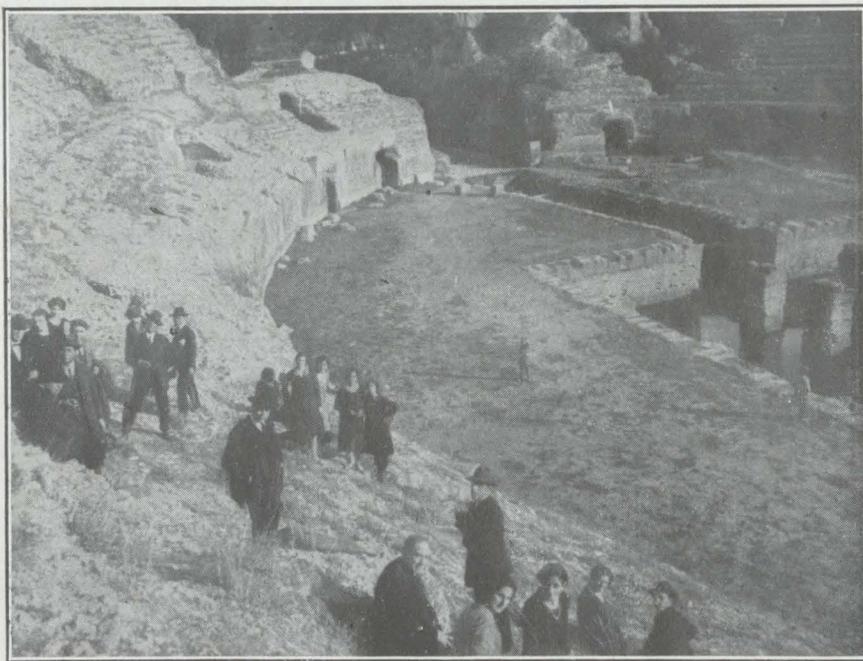
y CAÑIZARES, quien, y de nuevo, los enfoca al descender de los hermosos «Dion-Bouton» que los condujeron frente a las ruinas de Itálica.



En los altos de la Venta, donde los excursionistas fueron a establecer su «refectorio»...



y al vencer las graderías del circo italicense, tras de una «reconfortación»,



que nada tuvo de «espartana», y distribuidos más tarde en admirativa contemplación por la ciclópea fábrica romana, JOSÉ CAÑIZARES, infatigable, impresiona los tres momentos.

ni aún el silencio. La mutilación de los anteriores frescos, clama un caso de barbarie ardorosa y cruel; pero las malas restauraciones, que han ajado y caricaturizado una gran pintura mural de la Sagrada Cena, sugerente ornamento de las esqueléticas paredes del desdichado Refectorio, determina otro caso de vandalismo; vandalismo, naturalmente, frío y osado.

.....

¡El Templo! Estamos ante su obra cumbre, el Retablo Mayor. Maestra ejecución del arte inconfundible de Martínez Montañés. Data el encargo del año 1613. Reconozcamos gloria al depurado gusto de cuantos convinieron con el inmortal forjador de imágenes la disposición, perfiles y contornos del primo Altar, para la Iglesia del Monasterio de San Isidoro del Campo.

Desviada la atención de este magnífico y superado frontal, miramos a derecha e izquierda: a un lado y otro caldean todavía los triunfos de Martínez Montañés en las esculturas extáticas del héroe de Tarifa y la compañera de su agitada existencia, sobre sus sepulcros. Y, sin embargo, ¿quién nos compensará de la desgarradora idea de que estos monumentos destacan una sustitución, por cuanto debemos hacernos definitivamente a la idea misma de conformidad a que los primeros se perdieron?

¿Altars? ¿Figuras? ¿Cuadros? ¿El muy laborado y hermoso fascistol, envanecido de majestad, a centro de un notable coro? Enmudezcamos el comentario. Pues en estrechos límites, donde el mérito hay que convergerlo a los detalles, si un resto de conjunto no nos habla de laureaciones de exaltación, sólo podemos anotar una época: todo del siglo XVII.

¿Para qué, en verdad, ocuparnos del gran claustro, el claustro principal, «uno de los maiores que hay en la orden». El fuego y la industria humana invadieron su extensa periferia y en su medio todo se absorbió: ingenio de fábrica y lozanía del jardín central, que la regocijaba en el pericido período monástico.

.....

A la sazón en que abandonamos el histórico edificio, y un jolgorio reconfortante anuncia el enjaulamiento en los automóviles que nos estacionarán frente a otras más vetustas y potentes ruinas, de las trenzas rubias, como de las trenzas morenas, se exuda una odoriferación sutil, infame, de violetas y de jazmines...

¡La más expresiva delación de que cesaron inexorablemente, para el abandonado y olvidado Monasterio, las preces y los inciensos festivos de los hombres empleados a Dios!

II

ITÁLICA

El sol otoñal batía serenamente su oleaje, espumante de luz. Vida era aquello; vértice trayectado: Sol prodigante. Domingo acariciador. Excursión a Itálica.

Se han salvado los dos kilómetros que refluyen a la milenaria, desvertebrada ciudad, del secular, desmembrado Monasterio de San Isidoro del Campo.

Con la planta y el marco de la atención sobre las Ruinas, prescindimos de entregas dirimientes o adhesiones de simpatía por *este* o por *aquel* grupo de opinantes, acerca de la fundación y desaparición de Itálica.

Todo lo historiado acerca de la primera ciudad romana erigida en España y fundada por Publio Cornelio Escipión, el año 206 antes de J. C., nos guía inmutablemente y siempre a idéntico paralelismo deductivo: Itálica, tras de ser una de las más opulentas ciudades del orbe romano y una de sus representaciones más colosas, de la gigante, vieja y joven grandeza latina, ostenta el blasón empírico e irrecusable de haber apuntalado la seguridad y empuñado la firmeza de los dominadores, al descoyuntarse de sus fronteras, y cuando lograron a la voz y mando de su primer Africano, expulsar a los Cartagineses de España y pasear libremente las legiones de Roma por la total ambi-

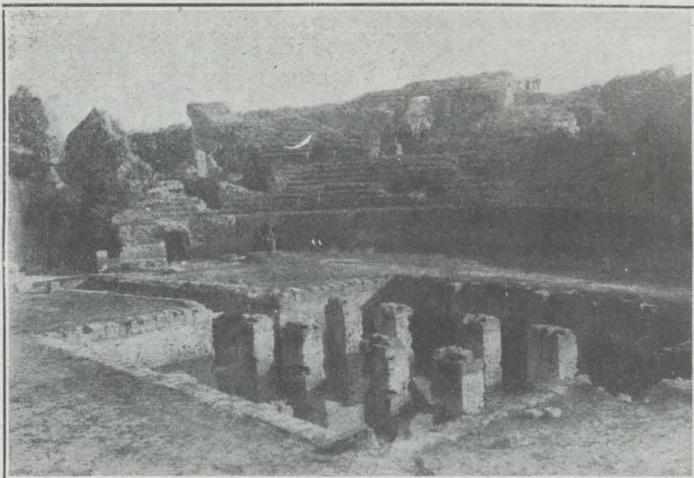
tación peninsular. Itálica es el primer sello, a indeleble troquel, que huella el documento primero de garantía y testimonio de

la autoridad romana en la Bética, y el eje central para el dinamismo restante de la absorción Ibérica.

Van próximos dos milenios en que sobre su formidable anfiteatro—tan humillado y expoliado a la presente—gravitaban altaneras y omnímodas las águilas imperiales, y en sus gradas veinticinco mil expectadores contemplaban, empedernida y heladamente, la trágica, escalofriante, implacable guerra y destrucción de leones, tigres, leopardos, toros, elefantes, rinocerontes... Y entre sí también, la ciega y furiosa lucha de potentes gladiadores, vertiendo la sangre a torrentes hasta empapar la arena del circo o entintar las aguas, terminadas las naumaquias.

A distancia bien cerca a converger, están veinte siglos, separándonos de las fechas de soberanía jerárquica para Itálica, la soberanía jerárquica de sus Magistrados, presenciando las fiestas del «coliseo» italicense, desde los sitiales de su vedado «podium»; pisando muelles cojines y arrellanados entre la nobleza augusta del pueblo romano y en la severa compañía de sus lictores, sus demás ministros, los caballeros de la raza, las vírgenes vestales; y en fin, toda la fuerza y el empaque de una sociedad de privilegios, ebria de mostrar a la expectación fraternal, a la resignación de los humildes, a la inercia de los vencidos, el poder incommovible y retemblante del César y sus colaboradores

invulnerables... He aquí el por qué nos persuadimos de que Itálica pudo ostentar en su circo—de seguro lo ostentó—el toldo de púrpura recamado de oro, ordenar las avenidas de líquidos olorosos y hasta enarenar el circo de polvos de bórax,



Ingente perspectiva del anfiteatro de Itálica;



Un grupito de agraciadas y simpáticas excursionistas,



Y una agrupación de mayoría, por el activo FÉLIX POZO

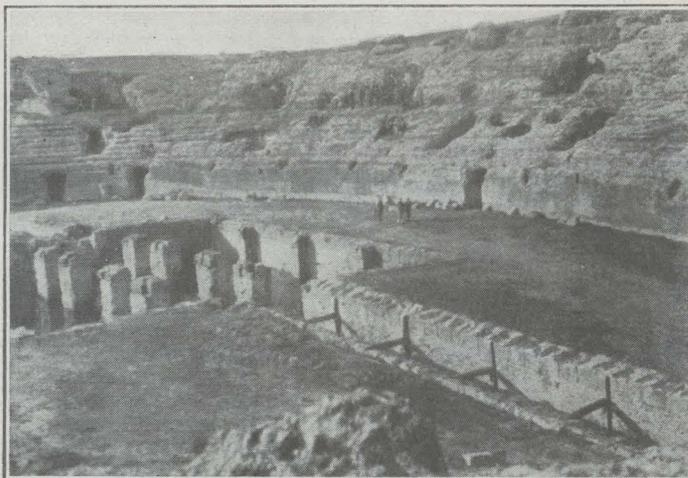
vestidos de bermellón. Mas todo olvidado, muerto, disipado; ya ni mármoles revistiendo las gradas, ni grapas de bronce fijando los jaspes murales, ni columnas, ni estatuas, sobrepasando soberbias y continuadas ornamentaciones, han mantenido rastro alguno de su pasado magnífico esplendor.

Y sin embargo, las hojas más brillantes para leer la destrucción de Itálica, son sus reducidos mutilados objetos, sangrando el odio de las desmandadas y paroxistas huestes nutridas de las fieras atilinas, el clamor de los invasores norteños impulsando la destrucción, la exterminación de todo emblema latino, de toda jerarquía romana, de toda visión plastificada y luminosa de la ciencia, el poder, la sabiduría, la voluntad de una sociedad emanada de Templos, sus Pretorios, Foros, Gimnasios, Teatros, Termas y Acueductos. La Estancia Imperial, los palacios de privilegiados y nobiliarios; en fin, de cuanto remachaba el ciclo tremendo del genial acantilamiento, la intensa cohesión y el pavoroso ceño, y el gesto elegante de la colectividad racial más emprendedora y más panoramizada que ha removido el tiempo y latido en la historia.

He ahí la contextura, el armazón irreductible en los anales de Itálica.



FERNANDO CARMONA, administrando bien las propicias horas, sorprende a José Monfort en el instante en que se incauta de una linda situación, por las afueras



del circo, desde cuya orilla opuesta, plasma el lugar donde se dieron lecturas de poesías en honor a Itálica, por Fernando de los Ríos, Torre Revello y José Cañizares.



Y, finalmente, el momento en que se dan por terminados los homenajes a la ciudad latina y se decide el regreso a Sevilla.

III

PARÉNTESIS
DE
EXALTACIÓN

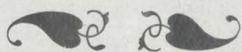
Estos, Fabio, ¡ay dolor! que
[ves ahora
Campos de soledad, mustio
[collado,
Fueron un tiempo Itálica
[famosa:

Y hasta su término, la consagrada composición de Rodrigo Caro, y con marcada entonación, igniscente lirismo, fué leída en las mismas gradas del anfiteatro itálicense, por nuestro colaborador ilustre, el escritor don Fernando de los Ríos y de Guzmán, descendiente de aquel otro cumbre prócer: Amador de los Ríos, que con el Padre Zevallos, dualizan la sólida potestad de los enamorados predicadores y fervorosos salmistas de las grandezas de Itálica.

Prosiguió en la lectura de loas a Itálica, nuestro asimismo colaborador el culto escritor argentino D. José Torre Revello, quien, a recuerdo de la ciudad desdichada, recitó bellamente el soneto del Padre Pedro de Quirós, rimado por Itálica, desde este empuje:

«Itálica, ¿dó estás?, tu lozanía
Rendida yace al golpe de los años».

Determinando la trinidad de tan sugerentes y emotivos recitales, nuestro antiguo y distinguido y fraternal camarada



D. José Cañizares, espíritu generosamente enamorado de todo lo bello, que nos brindó una perfecta matización de los versos:

Campos desiertos, pueblo inmenso
[un día,
Decid a Tirsi en esos restos vagos
De todo lo mortal la suerte impía.

del poeta Francisco Núñez y Díaz, igualmente a «las ruinas de Itálica».

IV

EPILOGACIÓN

Ni Sancios ya, dorada, eglógica; ni Itálica ya, potestad militar, contributiva por sí sola para el servicio de las armas imperiales, con una legión de hombres... Opulenta, además, y fuerte, y populosa y gigante sobre la urbe arruinada del ameno Municipio Turdetano...

Sólo un irritable jirón letárgico del Circo Italicense; sólo un callado furtivo atisbo de las Termas regaladas.

Y nada, sobre los mutilados miembros de la Ciudad des-

aparecida, cuando el sol se reclina y muere, y saludamos el féretro de Itálica, enterrado en las brumas de la noche.



Todavía numerosos amigos de la excursión no resisten al amable requerimiento de JOSÉ CAÑIZARES, cuando a la voz de despedida dice optimista: «¡Aún queda una, queda la última placa!»

Pero el gran poeta Silio Itálico, los dilectos y Emperadores: Trajano, Adriano, Teodosio; las ubérrimas matronas, el linaje aristocrático de los Elios, Ursinos, Cornelios, dados al mundo por la urbe, símbolo de la eclipsación de Aníbal, encienden luminarias en su abandono e inmortalizan la eterna matulinidad de sus glorias pasadas, a través de su nombre letal y viviente.

Ruinas de Itálica (Sevilla)

Diciembre, 1926

PEDRO RAIDÁ

MELANCOLÍA

*A Pedro Raida,
cordialmente*

Ahora que nada aguardo
—¡soy un niño tan viejo!—,
es cuando más se embriaga
mi corazón de irrealizables sueños,
en que florecen todas las pasiones
y me atormentan todos los deseos.

Es la vida que grita
con su clarín guerrero
pregonando la lucha.
Es su aliento de fuego
que me enciende en la llama
de un insaciable anhelo.
Son los sentidos que se desperezan
como leones de rugir soberbio.
Es un impulso loco de la vida,
es un instinto ciego
de embriagarse con todos los perfumes,
de caminar por todos los senderos.
¡Oh, milagro de amor, si yo pudiese
vivir la vida entera en un momento!

El campo, con sus tardes de oro pálido
y su augusto silencio,
me pone melancólico
y hace más dolorosos mis recuerdos.
Las flores del granado
parecen rojos labios entreabiertos,
y los manzanos verdes
con sus cálices tiernos,
evocan la fragancia
de los rosados cuerpos
de las niñas... ¡Oh, carnes
que parecen de pétalos!

MANUEL F. LASSO

Es un dolor sin nombre
este dolor que siento,
al mirar como todo se estremece
en un mismo deseo...
¡En un mismo deseo de la vida!
Tengo mis ojos sin cesar abiertos
ante el verde nupcial de las praderas,
bajo el azul radiante de los cielos.

¡Qué amargo es este vino
de los presentimientos!
Saber que hay rojas bocas
cuyos labios sedientos
se marchitan soñando
con nuestros largos besos...
¡Y saber que esos labios
ya nunca besaremos!
Presentir que hay amores
de unos encantos nuevos,
y adivinar mujeres
morenas, de ojos negros,
como la noche, trágicos,
como la noche, inmensos,
y blancas, de ojos glaucos
y de rubios cabellos,
castas y pensativas,
con almas de lucero...

¡Ojos fascinadores,
dulces ojos serenos
de pupilas turquesa!
¡Claros ojos risueños!
¡Ojos, como la pena!
¡Ojos brujos y negros!
¿Por qué tanto evocaros
si nunca os hallaremos?

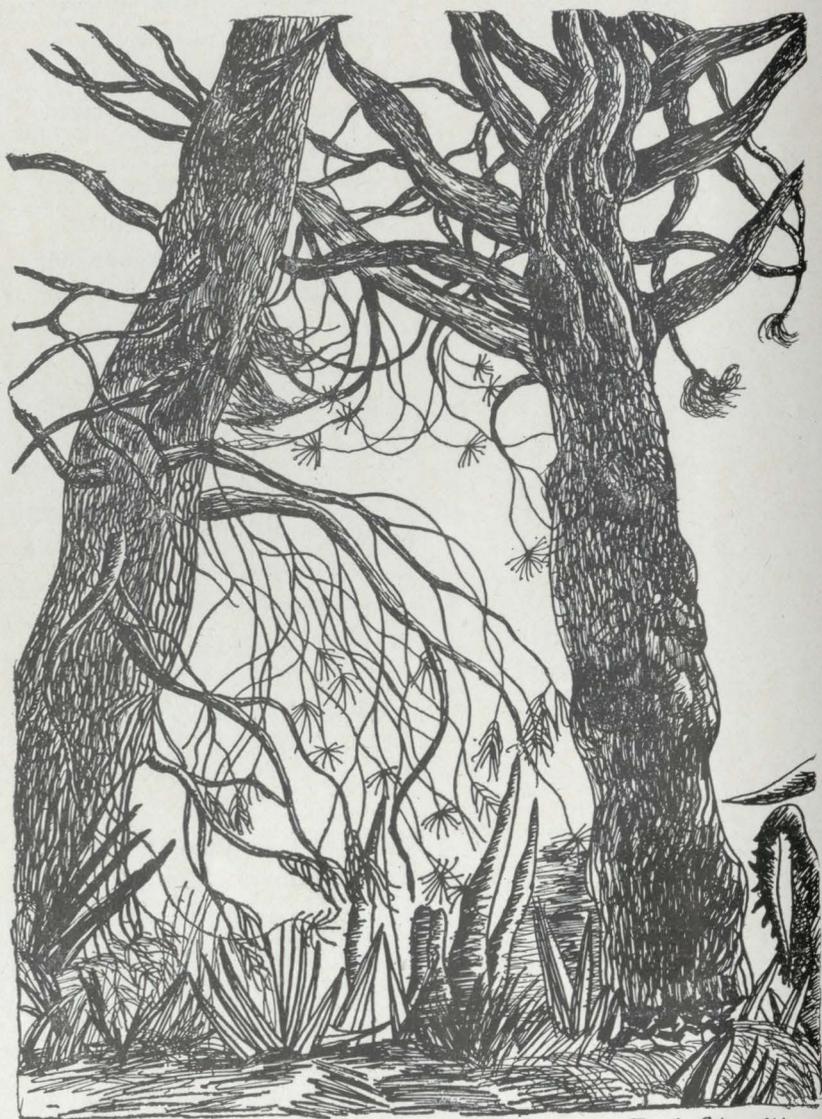
Adivinar paisajes
de verdores eternos
y otros mundos más amplios
y el azul de otros cielos...
¡Qué importa, para el alma
que jamás ha de verlos!
¡Y vislumbrar la vida
y el florecer espléndido
de todos sus rosales!
¡Y envejecer sintiendo
que nos morimos solos,
solos con nuestros sueños!
¡Qué tristeza más honda..!
¡Ser un niño tan viejo!

I.-ALCALA DE GUADAIRA

A mis amigos Fernando de los Ríos y Pedro Raida.

Muchas casas apiñadas, y en lo alto, erguida, la iglesia, visión pletórica de los pueblos de España. Blanco, todo blanco el pueblo, como la harina de sus molinos, pan, sustento y vida... Agua única, cristalina y sonora lo baña; los poetas gimen, pero no cantan sus arrebatos, ni su mansedumbre. Monte de visión dantesca sus márgenes, añosos pinos le guardan; fraternidad: un coloso se abraza sobre otro para erguirse, son más humanos que los hombres—la fiera más refinada de la creación—, y el verde que es esmeralda, compacta techumbre, donde el sol se detiene avergonzado. La penumbra invade el recinto, las columnas son esbeltas, palacio misterioso, cuento de hadas y misterios.

Lejos diviso el cielo, pincelada traviesa del pintor naturaleza, azul, pureza, contraste natural, la imaginación es pobre para crearla. ¿Por qué los molinos han perdido su encanto? Sin embargo su belleza es perenne, blancura, sonoridad y hasta es refugio para el solitario. Allí se ve la mano del Creador, pródiga, buena, caritativa, pero los hombres no la quieren sentir. Los cerdos entenebrecen el agua, el fango es eterno. ¿Por qué no olvidar la materia? ¿Para qué enseñarnos siempre nuestra mísera personificación? ¿Dónde están las albas palomas del Parque de María Luisa, que describiendo espirales—eterna mortificación de los aeronautas, aviadores de la temeridad, pájaros sin alas—se posan sobre nuestras manos?



F. de los Ríos 1926

Alimento espiritual, conmovedor, ¡oh!, la alegría de los niños, almas puras, espíritu de Jesús entre los hombres, inocencia de azucena, virginal, candorosa.

Prefiero la misteriosa penumbra de los pinos, fraternales, buenos amigos, sombría dulzura; el rebaño ha encontrado su aprisco y el pastor no suena el caramillo, la cornamusa se ha perdido, sólo el viento es eterno, el viento es silva, música y fuerza, no le temen los pinos, eternos condenados a muerte, y por eso se detiene a sus plantas, sólo acaricia a la vanguardia, la besa y huye.

El hombre halló su paraíso, casa, jardín, cielo, árbol y misterio... Poeta, huye de la ciudad, muestra esas bellezas a los hombres; predicad desde lo alto de aquella peña, extended la mirada, veréis el pueblo erguido, puentes, jardines, la mano del hombre, siempre torturada; y allá lejos, avergonzado, un castillo se pierde; romanos, árabes, cruzaron a través de sus muros, la guardia se ha convertido en fantasma, todo se ha perdido—desidia, desinterés, incultura—, pero allí están las ermitas, descanso espiritual... Y más lejos, el riacho culebreando entre las peñas, franja de plata, transparencia, reflejo, espejo vanidoso, creación multiforme, pendientes precipitadas, vacíos que aterran, y en lo alto, lujuriente naturaleza, árboles, flores, frutos; la línea se pierde, el hombre no puso su mano, no se ven sus huellas.

Cruza un zagal montado sobre un borrigo; el borrigo piensa, mientras lleva la carga que encorva su columna vertebral, y el zagal canta... La vida es alegría, ¿por qué ennegrecer la vida...? Cantemos a la naturaleza, que se engalana para nosotros; el sol es testigo y el viento no gime; la naturaleza es siempre dinámica, no es un cromo dulcificado...

¿Por qué mienten los hombres? Sobre el

F. de los Ríos



F. de los Ríos



monte he visto millares de fauces, han avanzado sobre mí y he visto entre sus dientes muchos seres humanos, pasearse tranquilamente. Allí viven, comen, duermen, eso es fantástico; si el dragón cerrase las fauces ¡a qué horrible tragedia asistiríamos!

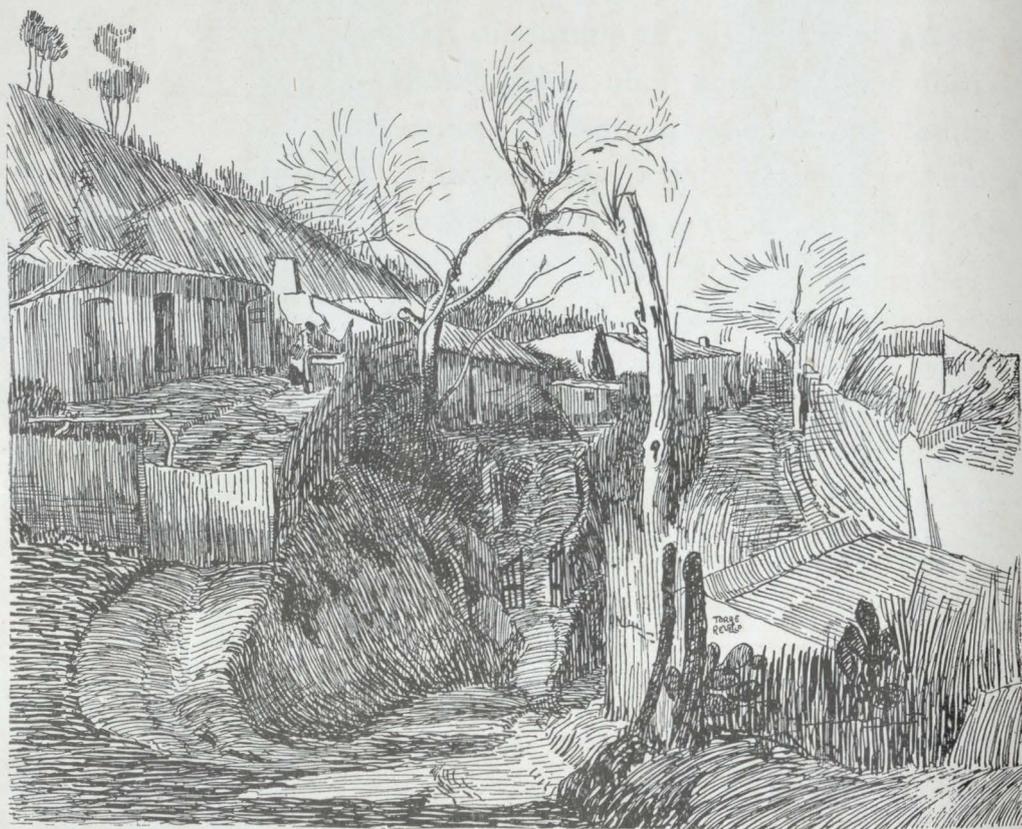
Una mujer mira el cielo; su figura no parece humana, tiene sellos de idealidad; su estructura es correcta; parece una columna jónica con sus manos en la cabeza. ¿Qué cincel la talló sobre aquella piedra? Así como esa visión de mujer, se me ha antojado Alcalá de Guadaira... ¿No es verdad, Fernando, tú que has adivinado el dolor de sus pinos, y tú, Pedro, que calladamente le vas forjando un collar?

II . - G E L V E S

A Nicolás Besio Moreno

La iglesia en lo alto, pirámide, vértice y atalaya, dominando sobre el monte y la llanura; el cerro quebrado en dos promontorios, dejando escapar un suspiro a través de la piedra, viento, lluvia y luz...

En lo alto de la atalaya, la Cruz, símbolo prolífico, a través de las centurias pasadas y de los siglos venideros, y a su lado, como contrafuerte, hermanas menores, las casas, blancas palomas manchadas de verde, azul y rojo; olivos, campanillas y rosales...



Quebraduras de colores terrosos, senderos escarpados, caminos del calvario, son

sus calles; estrellas lumínicas y terrestres, las piedras del arroyo, y alto, muy alto, como besando el cielo, responso eterno, cementerio de aldea.

Los guardas, de esperanza vestidos, interrumpen el sendero, sendero que es escala quebrada, por donde pasa el sol besando las piedras, y es vereda funeraria para los que llevan y aguardan el camino final.

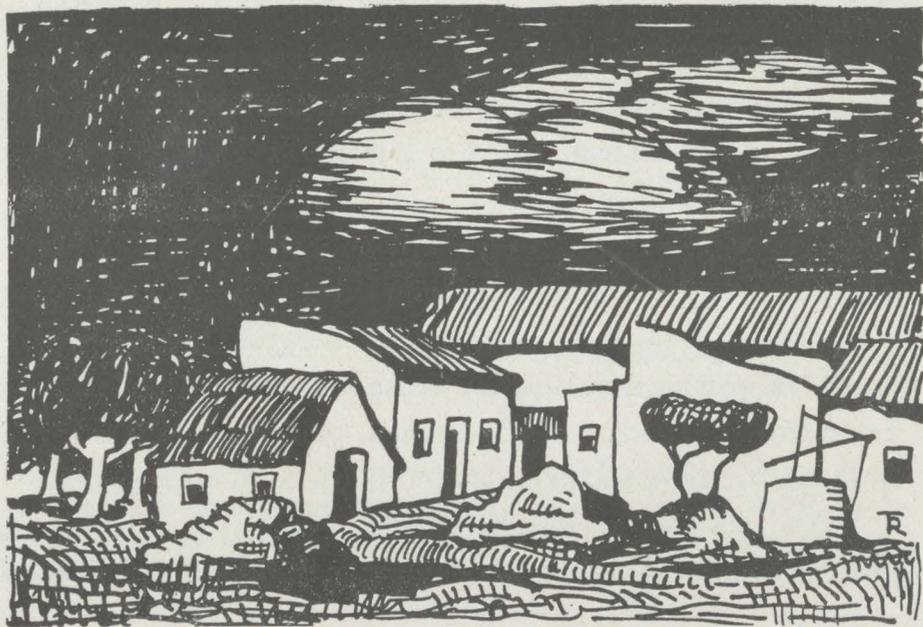
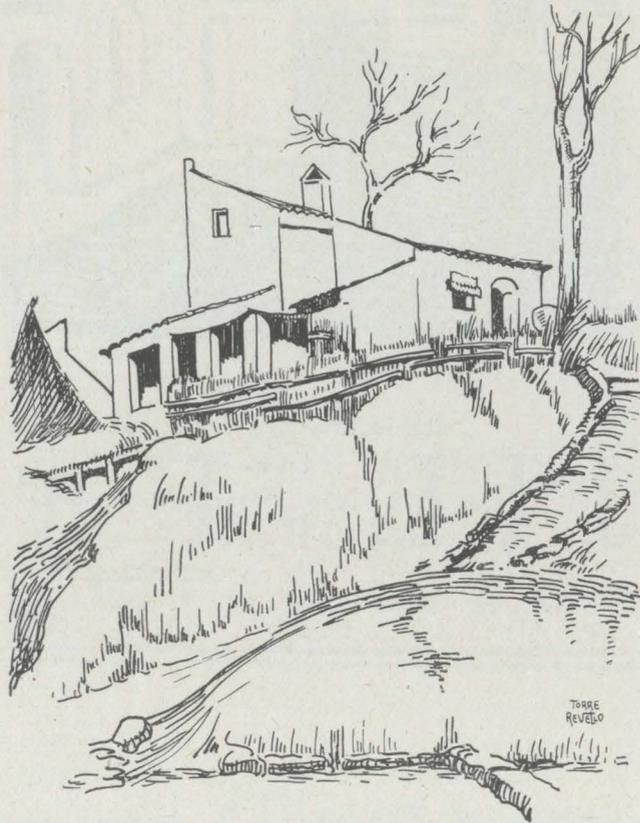
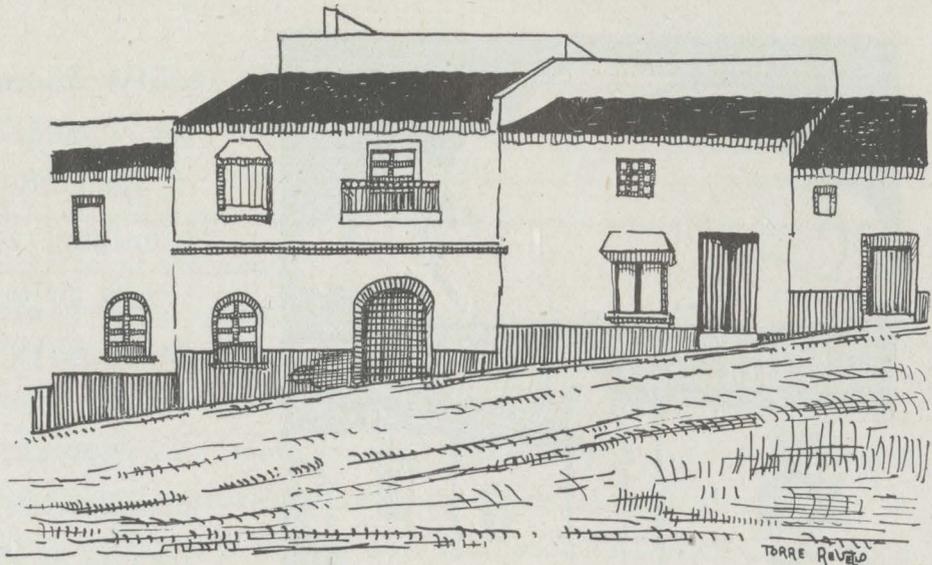
Las calles rampas, convertidas en peldaños, cuesta de muerte para la bestia de carga, y en el ángulo, la fuente de agua, notas de pentágono, sonoras, cristalinas e intraducibles.

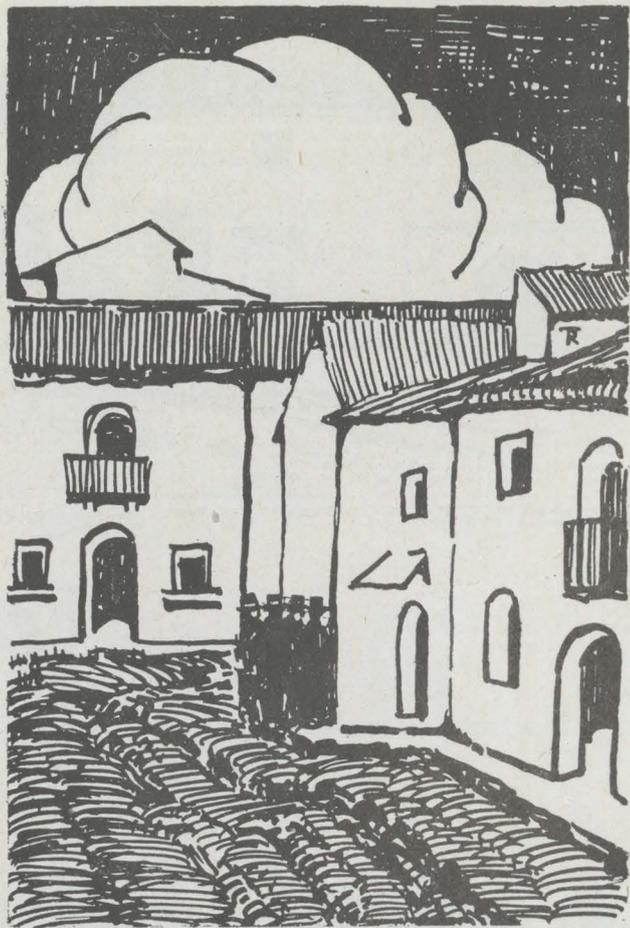
Rojas, oriflamas, bandera del amor, convertida en sierva, es la mujer; de andar pausado, caderas clásicas, torneadas a fuerza de avanzar sobre la peña, y los zagales, bizarros seres, ágiles y serenos, toreros de la audacia y del trabajo.

En el llano, la nota es verde, es roja, es azul; lejos, el pueblecillo, hostia sin mácula, y los senderos, tentaculares telarañas divisorias, de formas cóncavas, convexas, rectas e indefinidas, ora mixtas, ora curvas...

Sobre el espejo de plata, río hurraño y caviloso, traidor a veces, siempre manso y pensativo, se invierten los valores, se espejan las formas y el cuadro es simétrico, es una impronta tenue, serena y sincera.

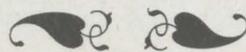
Porque no miente la naturaleza, vaso sagrado de la vida, todo color, luz, armonía,





paleta multiforme, locura cromática del sol... rey y señor—«hermano», llamábale el Santo de Asís, divino poeta, Cristo trecentista, de la humildad compañero, hermano de la pobreza —y el cielo, marco final, en lo alto, y en el bajo, serenidad eterna, insondable e infinita...

Gelves. Tarde de sol; las cinco. Otoño primaveral.. El camión anuncia su partida, tranvía de aldea... Adiós...



III. - I T Á L I C A

*A mis amigas y amigos,
en la excursión de «Oromana»*

Perdida entre olivares se durmió Itálica en una edad bárbara. ¡Oh, el misterio de los fakires! Tendida a la manera horizontal del que muere; sobre ella un aluvión de tierra dió formas sinuosas, y la naturaleza, guiada por el hombre, onduló los campos, sembró la simiente, y la semilla cobijada con calor floreció y dió su fruto, y lentamente fué alzándose. Los hombres perdieron primero interés, después noción de su existencia, y así, bajo un monte terroso, durmió Itálica olvidada, desconocida.

Pero el hombre, nacido para vengarse en sí mismo, una mañana de sol, al hundir su azada, quebró el misterio de la noche, y entonces la luz fué pródiga, invadió las entrañas y dió vida a la muerte; aunque sólo surgió una osamenta; el alma, el espíritu, ya había huído a regiones siderales; sólo su cuerpo injuriado, maltrecho, dolorido, iba viendo la luz, y los hombres procaces, rutinarios y osados, arrancáronle su vestimenta, y tras de ella sus joyas, dejándola expuesta a la vergüenza pública, con sus llagas descubiertas, a la manera que se muestra un estigma, demasiado visible y, si queréis, manchada.

Así está Itálica, hundida en la ciénaga. Y al verla, el poeta dolorosamente dijo:
«*Estos, Fabio ¡ay dolor! que ves ahora—campos de soledad, mustio collado,—fueron un tiempo Itálica famosa.*»

Las yerbas silvestres se posesionaron de sus sillares, los arcos se hundieron para siempre y el agua, rencorosa, sigue tenazmente su marcha destructora, todo lo sumerge y allí está invadiéndolo todo. ¿Dónde está el genio del hombre? ¿Dónde el recuerdo de los mayores? Y una voz misteriosa que resuena con un eco largo, responde en sus galerías, quejosa, lastimera, y el misterio, que es ilusión, se diluye en el ambiente.

Oh, realidad, tú eres fría, tú eres seca, tu espíritu es ese. Debajo un hoyo, hoyo de cementerio descubierto con profanación, y en tu interior la osamenta del dionosaurio de piedra, gigantesca, maltrecha y a ras del suelo, áurea vegetación, lujuriente de color. Enfilados pasan los borricos, almas de penitentes, encorvados, y el cielo los diseña con rasgos sombríos, síntesis única, contraste de luz, y sus pasos resuenan quejumbrosos en el silencio; el viento con su gemido, que tiene mucho de lastimero, exclama al pasar sobre ella: «Cayó Itálica», voz triste que oyó el poeta y en todo el collado resuena el eco: «Itálica, Itálica famosa».

Itálica, domingo 12 diciembre 1926.

J O S É T O R R E R E V E L L O

ILUSTRACIONES DE FERNANDO DE LOS RÍOS, por
ALCALÁ DE GUADAIRA / / DEL AUTOR, por GELVES

LO PRIMERO

La llama que en mi pecho centellea,
Alimentan tus labios de coral.
Un beso de tus labios me recrea,
Me transporta al espacio celestial.

En medio de la olímpica alegría,
No cabe el pensamiento distraer:
Cuando el placer es fuente de poesía,
Lo primero es el goce del placer.

E N R I Q U E R E A L M A G D A L E N O

TEMAS VULGARES

EL CAMBIO DE TIEMPO

En un abrir y cerrar de ojos hemos pasado desde los insufribles calores de la estación estival a los vientos glaciales y las persistentes lluvias del invierno.

La Naturaleza, voluble como cualquiera Fifi o Lulú, de cabellera cortada a la *garconiere*, y falda por encima de la rodilla, se consagra a ese jugueteo perturbador de la economía de tantos ciudadanos como pasan la vida ¡ay! obteniendo todos los campeonatos de carrera, tras un codiciado billetejo de quinientas del ala, sin poder alcanzarlo. Porque hay que ver

¡hay que ver! ¡hay que ver!..

como cantan en *La Montería*, con música del maestro Guerrero, lo que supone para nosotros el que la Tierra —muy señora mía—, corriendo que se las pela en derredor del Sol—quizás por el deseo de pescarlo—, pase de un equinoccio a un solsticio o viceversa.

Ahora, por ejemplo, se impone el estero con sus funestas consecuencias—la primera de todas el tener que abonar la cuenta, aunque sea a plazos—; se impone el comprar el abrigo y el sombrero de fieltro de la esposa, y los calcetines de lana y los calzoncillos de franela, y los guantes de gamuza y el calentador eléctrico, y se impone, por último, hacer la alimentación más concentrada, para compensar las enormes pérdidas de

calórico producidas por la irradiación y las no menos considerables que ocasiona el tener que estar acostado de nueve a diez horas por término medio.

Los astrónomos, que suelen mentir más que el anuncio de un específico contra la calvicie o que una nota oficiosa, atribuyen estos cambios a las volteretas que nuestro globo da por el espacio; de manera, que de aquí en adelante, al exponer en los libros de texto cuáles sean las ciencias que se relacionan con la Geografía, habrá que agregar una, la de mayor importancia y trascendencia: la Economía doméstica.

Semejante movilidad de nuestro planeta, debida a la atracción universal, cuya ley descubrió Newton—por más que modernamente hay quien la admite sólo como fórmula matemática, pero le niega exactitud desde el punto de vista de la Física—, nos trae, como vulgarmente se dice, de cabeza, y sería de desear que alguien, con autoridad bastante, interviniera en este enojoso asunto, para ver si hay medio de que cesen sus constantes correrías a través de los signos del Zodíaco. Porque inmediatamente después del frío vendrá el calor—¡conste que este pensamiento no es mío, sino de nuestro respetable conciudadano Tontínez!—y entonces tendremos que echarnos un dogal al cuello si queremos adquirir trajes de riguroso verano y sudar más libremente a orillas del mar o en lo alto de una montaña.

Hoy que las Matemáticas—o la Matemática, como tiene grandísimo interés en que se diga un amigo mío—resuelve todos los problemas—salvo el de la nivelación de los presupuestos del Estado—, sería cosa de aplicarlas a la invención de una coraza impermeable para los agentes atmosféricos, así como para todos los demás agentes, desde el de arbitrios al de seguridad; con cuyo artefacto, completamente aislador, nos hallaríamos exentos de los peligros y desembolsos que los cambios de estación traen aparejados, y muy singularmente de los serios disgustos que acarrea el encontrarse de manos a boca con algún acreedor irascible.

Todavía podría dejarse a la Tierra en libertad de que se fuera de picos pardos por esas órbitas de Dios, siempre que caminara derecha y no inclinada con relación a la Eclíptica; pero ¡vaya usted a encontrar quien se encargue de enderezarle el eje, con lo difícil que resulta enderezar cualquier cosa a la edad que, según los geólogos, tiene nuestro dichoso planetita!

Desde el día en que empezaron las lluvias, los huracanes, las escarchas, las heladas y cuanto constituye el desagradable cortejo de la Tierra al aproximarse al solsticio de invierno, estoy, si no rabiando—ya que las bajas temperaturas son inadecuadas para el desarrollo de la hidrofobia—, por lo menos como quien se halla en vísperas de sacar la cédula personal. Ni se me han secado todavía las botinas, ni puedo entrar en ningún sitio con el paraguas chorreando por temor a estropear las alfombras, ni tengo tiempo más que para rascarme los sabañones. Porque con el frío me he puesto a competir con los chicucos de todas las tabernas y chacinerías de la urbe, de tal modo que probablemente no habrá en Sevilla quien lleve las orejas, manos y pies tan hinchados y rubicundos como los de un servidor de ustedes. Estos últimos me duelen una atrocidad, imposibilitándome toda clase de trabajos; así es que en estos instantes me encuentro—y lo mismo ha de ocurrir a muchos de mis colegas, colaboradores de la gran prensa y autores de numerosos libros que nadie lee—, casi sin poder escribir una cuartilla.

Protestemos, pues, enérgicamente contra la entrada del cruel invierno, azote de los desheredados de la Fortuna, y preparemos nuestros estómagos para recibir en ellos los exquisitos mazapanes, los polvorones suaves y apetitosos, los hojaldres rellenos de cidra, el pavo con trufas; todo abrigado, según los casos, con unas suculenlas copitas de aromático Jerez, de riquísimo anisete «Marie Brizard» o de espumoso «Moet Chandon», a modo de sacrificios culinarios con que los fieles acostumbremos a conmemorar el natalicio del Mesías anunciado por los profetas.

15 diciembre 1926.

MANUEL CONTRERAS CARRIÓN

LUGAR DE RECUERDO

Los álamos blancos.
El banco de piedra.
En el alto muro,
la sencilla hiedra.

En el balcón hojas
que cayeron yertas
y allí esperarán
que los vientos vengan...

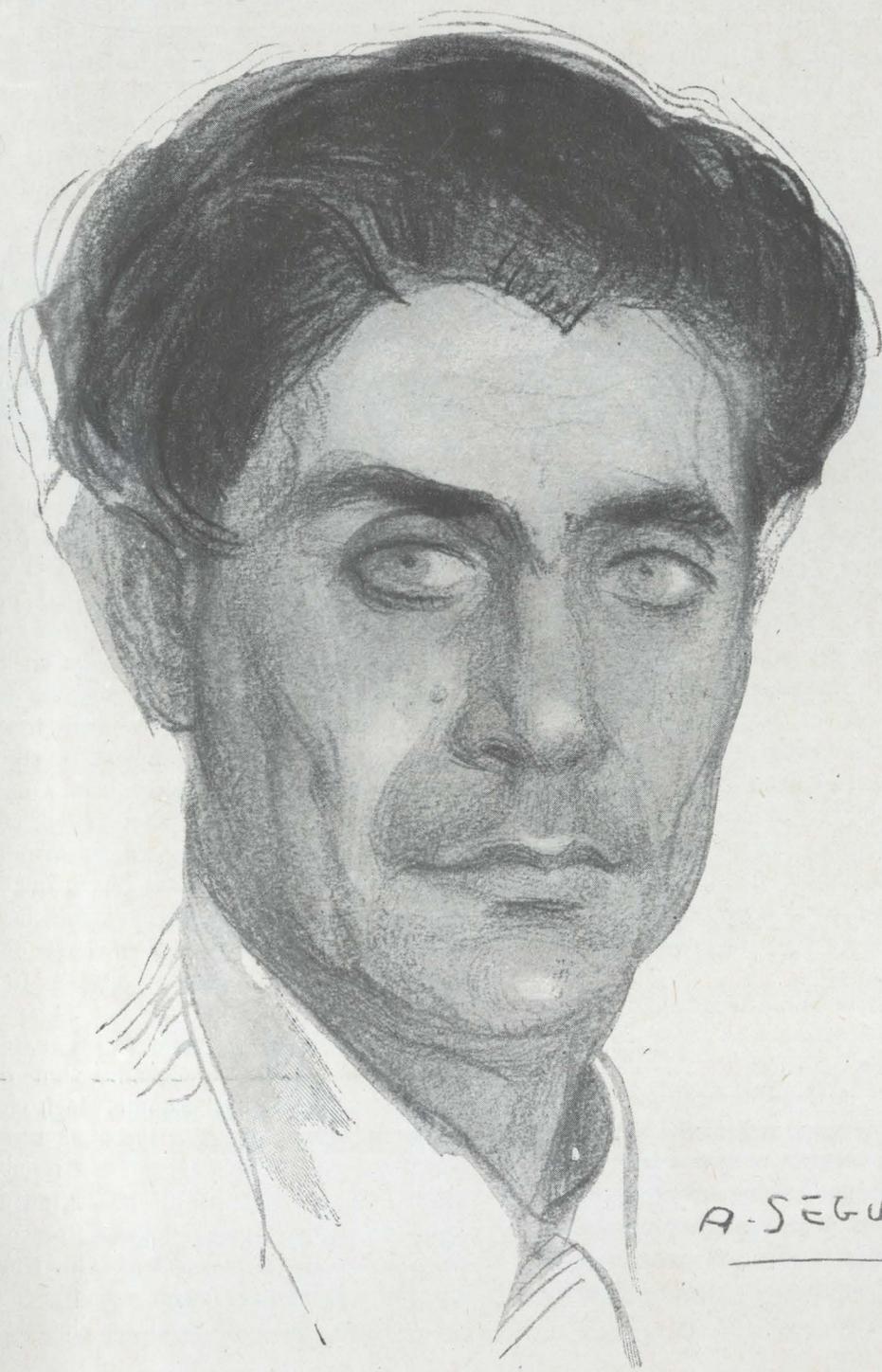
En todo, un silencio
que mi alma hiela,
que tanto me dice
y tanto recuerda...

Y en el abandono,
floreillas nuevas...

CONCHA MÉNDEZ
CUESTA

EL HERMANO UNIVERSAL

POR FERNANDO DE
LOS RÍOS Y DE GUZMAN



A. SEGURA

DIBUJO DE
A. SEGURA

INTRODUCCIÓN

I

NO inundó mi cerebro la luz potentísima de la ciencia teológica, ni ungió mi frente el prestigio de la investidura sacerdotal; no soy el que debe alzar la voz en este centenario de un santo apóstol de las doctrinas de Jesucristo.

Sólo soy un poeta, cuyo corazón es una copa de fuego, rebosante en llamas de entusiasmo por todo sentimiento de bondad y por toda idea de excelsitud, y, a título de poeta, voy a hablar en el idioma de la lírica exaltación, del Santo Poeta, cuya vida es ejemplarísimo poema de santidad, cuyas estrofas son más trascendentes que las del Dante a Beatriz, que las del Petrarca a Laura, que las del Tasso a Leonor, que las de Herrera a la Condesa de Gelves, que las de Gutiérrez de Cetina a la dama de los «ojos claros, serenos», porque no las inspira la efímera belleza de la forma, sino el amor fraterno a todos los seres de la Creación.

Toda la vida del Santo es jardín de poesía, donde hasta los abrojos de sacrificio y las ortigas de martirio se convierten en rosas de serenidad y se truecan en mirtos de sosiego; en cuya tierra, fecundizada por la brisa del amor, brotan las violetas de la humildad y nacen las azucenas de la fe; místico vergel, cordial pensil, donde la fragancia de los cálices floríferos son músicas del alma, que se transforman en esencias de flores.

San Francisco de Asís es el genial poeta del amor fraterno. El humilde de Umbría es el grande amaestrador espiritual de las fuerzas vivas de la Naturaleza, del anímico dinamismo de la múltiple vitalidad, latente en todas las especies creadas.

Infinitamente más grande que los derviches de Persia y que los fakires de la India, no sólo extiende su piedad a los irracionales, sino que la dilata a las plantas y a las flores y la amplía al fuego y al agua, a la tierra y al cielo y realiza milagros, que anublan y oscurecen todos los portentos obrados por los monjes idolatradores de Budha, en el suelo misterioso del Asia ancestral. Más humilde que los derviches persas y hotomanos, santifica la pobreza y limpia su corazón de toda impureza de carnalidad y de egoísmo.

No doma a las bestias feroces con el látigo, sino que las somete con la palabra; no las domeña con el golpe del odio, sino que las reduce con la caricia del amor.

Lame el lobo sus plantas; pónanse las tórtolas en sus hombros y en las palmas de sus manos; exhalan las flores a su paso suspiros de aromas y el torrente y el viento se aquietan para oírle y la hoguera y el mar enmudecen para admirarlo.

Predica a la Naturaleza, y los peces sacan la cabeza, para escucharle, y el viento suspende su carrera, y el arroyo detiene su curso, y las aves no modulan trinos, elevan oraciones de alabanza al Creador.

Es San Francisco de Asís el Hermano Universal, el gran fraterno de todo lo creado. Siendo nuestro Padre espiritual San Francisco, prefiere al severo nombre de padre, el humilde de hermano. Y sin el látigo de la ira, con el arma incruenta de la fraternidad—pluma del ala del supremo amor—doma la fiereza del lobo, al que llama su hermano, y hace que el perro salvaje de las breñas lama sus pies, agradecido. Y con el amor de su palabra—taumaturgia de su espíritu—trueca en ultraterrenas músicas los murmullos de las fuentes; transforma en idilios de bonanza las epopeyas de las oceánicas tempestades; convierte en sacro plectro epitalámico el arpa de las cataratas; metamorfosea en celeste lira madrigalesca el órgano ingentísimo de la tormenta y en brisa de mayo el ciclón de noviembre y en brasas del estío los hielos del invierno, con solo llamar hermanos al lobo y al cordero, al ave y a la flor, al agua y al fuego, a la bonanza y a la tempestad, amando con amor de hermano a todo lo que alienta, a todo lo que vive, a cuanto nota vibra en el arpa sublime de la Creación, sobreponiendo la humildad de Cristo a la soberbia de Luzbel, arrancando de los hombros del mundo el purpúreo manto de los Césares y substituyéndolo por el sayal de la santa pobreza; siendo blanco lirio de castidad en el jardín babilónico de la Italia concupiscente.

Y fué resplandor de Providencia que un humilde pastor de la Toscana, elevado a las cimas del Arte por el ímpetu de su genio y la protección de Cimabue, el Giotto, fuera el predestinado que eternizara en los frescos del Convento de Asís los episodios más edificantes de la vida del Santo del Amor.

Sólo la Edad Media, que vibraría en las trompetas y alestaría en las áureas alas de los ángeles del frontispicio de la Galería de los Oficios, de Florencia, irisados en rosicler, en anaranjado, en verde y en morado de aurora, y ensoñados en azul de luna por el pincel orante de Guido da Vichio, conocido bajo el nombre de Fray Angélico; sólo la Edad Mística, que iba a rezar de hinojos en las Madonnas de Fray Filipo del Carmine y de Fray Filipo Lippi; que más tarde aterrizaría en los cantos del Alighieri, sólo la Edad Mística de la Italia ancestral, pudo infundir en el arte de Ambrogio Bondono, llamado el Giotto, los fulgores fraternos del humilde de Umbría.

El Renacimiento, culminante en el siglo XVI, el siglo de oro de Italia; dulcemente gentilico en «El Cenáculo» y en «La Gioconda» de Leonardo de Vinci; pletórico de músculos en los gigantes del Juicio Final de la Sixtina, asombrosas plastificaciones del alma ingente del Bounarotti; paganamente sensual en las Madonnas de Rafael, menos púdicas que las Venus de Botticelli y de Giorgione; greco-latino en las Venus del Tiziano; sutilmente erótico en los femíneos desnudos del Tintoretto y voluptuosamente colorista en las cromatizaciones del Veronés, no pudo sentir el alba de mística serenidad,

emanada del espíritu fúlgido del divino hermano de Asís. Torna a ser fanal del seráfico espíritu, el del galeón del Arte, en el siglo ascético de Santa Teresa y de San Juan de la Cruz, y los lienzos del Greco son espejos que glosan la espiritualización del soñante de Umbría, lagos que reflejan la arborante creación del paisaje de un alma, oro de bondad, purificado en el crisol del amor fraterno.

Y en el siglo de oro de nuestra pintura, pinta Bartolomé Esteban Murillo a Cristo abrazando a San Francisco, desde la Cruz, desclavado el brazo que había sanado al paralítico, resucitado a Lázaro y a la hija de Jairo y arrojado puñados de cimiento de mundos en la tierra azul del infinito.

II

Para ungir en luz de bondad el crepúsculo vespertino del siglo XII, nace en el corazón de Umbría y en la tierra de Asís, un niño de tierna condición y elevado espíritu, al que bautizan con el nombre de Juan, hijo de un comerciante llamado Bernardone.

Odia Juan la mercadería, porque sabe que Jesús arrojó a los mercaderes del templo. Renuncia a la profesión de su padre; hace cesión de sus bienes y se retira a un abandonado eremitorio yacente en los alrededores de Asís. Reune un puñado de hombres de fe, que sometió a una estrecha regla, e infunde a estos fuertes varones flúidos de humildad, dándoles el nombre de *hermanos menores*.

Constituída así la orden, es aprobada por el Pontífice Inocencio III, en 1210, y, más solemnemente, en el Concilio de Letrán, en 1215, dilatándose, a partir de esa fecha, por todos los ámbitos de la cristiana Europa. Funda, bajo su dirección, la Virgen Clara de Asís la orden de *clarisas*. Instituye San Francisco en 1221, la *Orden tercera*. Envía a sus discípulos a predicar el Evangelio a tierras de infieles, y parte él mismo, con doce hermanos, rememoración de los Após-

toles del sagrado Rabbí de Galilea, a Oriente, y Siria y Egipto escuchan la humildad de su verbo, que estremece las momias de los Faraones, bajo la soberbia de las Pirámides, retadoras del azul de los cielos. Vuelve a Italia y goza una visión divina; en la cual recibe la impresión de las llagas de Cristo; tras pasan sus pies y sus manos los clavos de la Cruz, la férrea trilogía del supremo martirio, y abre su costado la lanza de Longinos. Muere, de aquí a dos años, demacrado por el ayuno y la abstinencia; extenuado por el cilicio y la disciplina, espiritualizado por la llama interna que le consumía; pavesa del cuerpo, aniquilada por el fulgor del alma; transverberado por la traslucidez de sus bondades; y se trueca en yacente estatua de cera y de marfil, de alabastro y de nieve, modelada por la mano del cielo. Es el tuero de caridad, al que agota la fiebre de su insaciado amor. Estatua de ceniza, a la que pulveriza el soplo de su recién desencarnado espíritu.

Y, siglos después, yérguese la imagen de esta forma en la escultura de Pedro de Mena, encendido fanal, guía del pétreo bajel de la Catedral de Toledo, construido en el arsenal de la eurtimia gótica, sobre el siglo del Santo del Amor, y anclado en el corazón del mar de tierra de Castilla.

Gimen las prensas del genio de Maguncia, multiplicando la reproducción de los franciscanos sermones, salmos y epístolas, en Amberes, en 1623, y en París, en 1641. Y descienden los fulgores de la canonización de las manos de Gregorio IX.

Es San Francisco de Asís el gran apóstol de la Edad Media, el hombre-amor, que irradió los rayos de su pecho sobre el campo de todos los corazones; el santo-sol, que ilumina con las miradas de su bondad las alas de todos los siglos; el incendio de fraternidad que caldea el pecho de todos los seres de la creación, que ahuyenta el frío de todas las conciencias; el Gran Fraterno de la Vida, al que cantan y alaban la hermana ave y el hermano lobo, la hermana flor y el hermano árbol, la hermana agua y el hermano fuego, desde el seno del mar y de la fuente, de la tierra y del cielo, en toda la amplitud del infinito, emocionado y encendido en la luz cordial del franciscano verbo.

LOS TRES PEREGRINOS

Yérguese sobre la testa de la colina, como airón de casco medieval, la ciudad de Asís, sembrada de romanos vestigios, acorazada de seculares muros, circundada de exúbera vegetación voluptuosa, desgarrada a trechos por el austero grito de rocas enhiestas.

Iba a expirar el siglo XII, batallador y ascético, cuando estremeciase el corazón de Asís, presa de un maravilloso presagio. Aparecía un hombre extraño, que vagaba por las calles de la ciudad, gritando: «¡Paz y bien! ¡Paz y bien!».

Iluminábase por las noches el valle de Espoleto y nimbábase de ultraterrena luz las cúspides de los montes cercanos. El misterio de lo sobrenatural flotaba en el ambiente. Resonaban divinas melodías en la ermita de nuestra Señora de los Ángeles. La inquietud de un portento presentido conmovía el espíritu de Umbría.

Iba a ser templo de la fecundidad la casa del mercader Pedro Morico, pues su mujer Pica de Bourlemont, cuyo abo- lengo brillaba en la más rancia alcurnia de Francia, sentía los prístinos fulgores del sangriento lubricán del parto, cuando

penetró en la estancia de la enferma, raudo y misterioso, como sombra de tempestad, extraño peregrino, que, sorprendiendo a la familia, alzó en sus brazos a la parturienta y la trasladó a un establo inmediato, donde una mula y un buey comían brazas de heno en un pesebre. Y en aquel establo, como la Virgen María en el de Belén al Niño Dios, daba a luz Pica de Bourlemont un niño, al que no ofrendaron reyes ni pastores; pero al que, más tarde, habían de acudir todas las criaturas.

Bautizóse el niño con el nombre de Juan, por deseos de la madre y en recuerdo del Evangelista, que se recostó sobre el corazón del Divino Maestro.

Y llegó un tercer peregrino, que alzó al niño en sus brazos y lo colmó de caricias y le hizo la señal de la cruz sobre un hombro. Y esta marca simbólica, encendida al borde de la cuna, alumbró hasta el sepulcro.

He aquí la legendaria trilogía de los peregrinos, y la niebla de misterio del natalicio del Fraterno.

LAS MOCEDADES DEL SANTO

Aprendió latín Juan Morico con los clérigos de San Jorge. Anhelaba la madre enviar al hijo a estudiar a Siena o a Bolonia, ciudades antorchas del saber, donde se encendían las lumberras de la época.

Deseaba el padre hacer del hijo un mercader, pues era espíritu codicioso el suyo, antitético del de Pica de Bourlemont, trovadoresco e idealista.

Y a Francia fué el mancebo con su padre, no en alas de Pegaso como los trovadores, sino en caduceo de Mercurio como los mercaderes; pero halló en Francia las armonías de Euterpe y el fulgor de la gaya ciencia, bálsamo de su espíritu, y aprendió la elegante lengua de las Galias y asimiló su espíritu, de donde le provino el sobrenombre de Francesco, a su retorno a Italia.

Mas no resonaba a su oído, sordo al ruido de todo pro-saismo, el rumor de la rueda alada de Mercurio, pues era siempre atento a la voz de los marciales clarines y al tañer de los trovadores de Provenza. Y buscaba para soñar los campos de Asís y aprendía a leer en el libro de la Naturaleza los poemas del misterio y de la soledad, henchidos de infinito, y sentía el presentimiento de una aurora inmortal. Y cuando escapaba de la cárcel azul de sus abstracciones, retornaba a Asís y a la realidad y trocaba la melancolía en jocundez.

Aprisionaba en engaños de redes a los pájaros; pero trocábase siempre en libertador de la caza.

Organizaba aquellas reuniones que se llamaban *corti*, donde entonaba trovas, al son del laúd, y libaba en cristal de Murano vinos de Umbría.

Y deleitaba el oído de la noche cantando serenatas, cuyo eco alejábese por la vega de Asís, acariciando sus feracidades.

Llamábanle, por sus donosuras, la flor de los mozos de Asís, donde gozaba del popular aprecio. Y era árbitro de la elegancia; que engalanaba el atildamiento de sus trajes en exquisitez de estofas y cintillos de randas y joyeles.

Y era el oro el sol de la riqueza, siempre vivo en su mano.

Mas no todo fué aura de placidez en el jardín de las mocedades del Santo, pues la guerra civil, que asolaba a Italia, llamóle a las armas.

Peleó contra la vecina Perusa, que alojara a unos traicionadores de Asís. Hízolo prisionero la enemiga ciudad, vencedora, y en la cárcel cantaba. Y al preguntarle sus compañeros de prisión: «¿Por qué insultas nuestras penas con tu alegría?», contestaba: «¡Acaso estoy yo libre!». Canto, porque será vencedor, héroe o príncipe.

Pasó un año sin ver el sol, y cuando contemplólo, en libertad, ya no la tuvo de su alma; pues salió cautivo de tristeza y enfermedad, que trocaron en dolor su gozo. Ya no decía nada la Naturaleza ni anhelábale la juventud. Parecíale el día noche oscura. Y el amor de caridad ardía en su pecho. Empezó a sufrir con paciencia las flaquezas del prójimo.

Mas reaccionaron sus ímpetus juveniles y volvió a soñar con la gloria. Vistió militares arreos; pero trocólos por los andrajos de un soldado paupérrimo.

Y hubo un sueño. Vagó por el corazón de un palacio de magna arquitectura, lleno de espadas, yelmos, arneses, lanzas, áureos y argéteos metales de Belona, iluminados por la cruz de Cristo. Y no pudiendo interpretar el sentido del sueño, oyó la voz de lo sobrenatural, que se lo interpretaba: «Esas armas son para ti y tus huestes».

Y caballero en brioso alazán, voló camino de Espoleto, en pos de Gutiérrez de Briena, llamado el «Conte Gentile», paladín de la liberación de los Estados, patrimonio de su esposa, hija del rey de Sicilia; fué en pos del caudillo, cuyas huellas seguían torrentes de guerreros, como las del Cid de Castilla.

Y hubo Juan Morico en Espoleto una visión prodigiosa, ungida en una voz, que le dijo: «Vuelve a Asís y sirve a tu Dios».

Al despertar el alba, a las puertas de Asís, el caballero de Marte traía a Cristo bajo el hierro de la armadura. A nadie contó la causa de su vuelta y el misterio veló su espíritu como la niebla portentosa el cuerpo de Eneas.

Cabalgó a toda rienda por los campos de Umbría, huyendo de sí mismo. Y, hallando un leproso en el seno de un bosque, se estremeció de horror; pero, reaccionando, al punto, echó pie a tierra, y socorrió al podrido y le besó en la frente. Y una luz inefable inundóle el alma.

En ausencia del padre, cubrió de panes una mesa y al preguntar la madre para quién era tanto pan, él le dijo que para todos los pobres que tenía en su corazón.

Fué a las tumbas de los apóstoles, e indignándole que los peregrinos ofrendaran miserables limosnas a San Pedro, gritó, dejándole todo el oro que llevaba: «¿Por qué tan mezquinas ofrendas al príncipe de los Apóstoles?».

Confundióse con los pordioseros en el atrio del templo y trocó sus vestidos por los andrajos del más desarrapado, y mendigó entre ellos, domando el monstruo de la soberbia y venciendo la hidra de las vanidades.

Hundiáse cercano a la población el templo de San Damián cuando el enamorado de la pobreza, implorando inspiración divina a la imagen de Cristo, oyó que ésta le dijo: «Restaura mi casa, que se trueca en escombros».

A partir de aquel día, sólo fué adalid del Cristianismo.

Perseguíale su padre por haber gastado el producto de la venta de unas mercancías en reparar el templo, y él refugióse en la montaña, donde sustentábase de yerbas y silvestres frutos. Y la Naturaleza le habló para siempre con los labios de Dios, que emergieron del Cielo en la noche estrellada. Y amó con fraterno amor todo lo creado.

Y, cuando bajó de la montaña, hirsuto y huraño, recludo en sí mismo, semidesnudo, como el árbol despojado por el vendaval, apedreólo el hermano hombre, más ingrato que el hermano lobo, como cerca de tres siglos después, apedreó a Colón, por el delito de ofrecerle un mundo.

EL SONREIR DIVINO

El férreo brazo de la Edad Media alzaba el acero de Belfona, mellado en mil combates. Deshacíanse las generaciones en tormentas de ira. Guelfos y Gibelinos eran tempestades de odio. El amor había huído de la tierra.

Nutría el Pontífice Honorio III el fuego de la santa epopeya de las Cruzadas y avivaba el de la lucha con los maniqueos. Combustionaba el negro brazo del fanatismo la voracidad de la hoguera con humana leña de herecías. Asuzaba el cismático Federico II sus asalariadas hordas de veinte mil alárabes, sanguinarias jaurías de rabiosos canes, sobre las ciudades adictas a la causa pontificia.

Y Rosa de Viterbo, prodigiosa flor de virginidad y de gracia, nacida entre el fragor de la perenne lucha, elevaba la voz contra la tiranía de la casa de Suabia, concitando al pueblo a rebelarse rotundamente contra sus verdugos.

Era el mundo una bola negra en el vacío, circundada de brujas, en eterno aquelarre. Los duendes y los trasgos espantaban los bosques y las ruinas.

Gemía la corneja a la izquierda del caminante, en funesto presagio. Gubiaban los imagineros en los trasaltares y en los trascoros obsenas figuras de escándalo, sacadas del ambiente, en malsano verismo, y aterrorizaba el cincel de los escultores los sosiegos claustrales, esculpiendo en los capiteles «las langostas de la Apocalipsis», los vampiros y los dragones del infierno; y entenebrecían la faz de las catedrales, poblándola de monstruos, que trepaban al vacío por la vegetación petrificada de los pináculos, se lanzaban al espacio en la fantasmagoría alucinante de las gárgolas. Adquirían formas espantables todas las representaciones del terror, en las creaciones de los artistas. Las alas negras de la superstición y el fantasma del

miedo a lo sobrenatural entenebrecían las conciencias. Giraba la picota, lanzando a la faz de la endurecida muchedumbre las gotas de sangre arrancadas a los cuerpos de los azotados por el látigo del sayón. Resonaban en las bóvedas de los subterráneos los gemidos y los ayes de los presos, sometidos a los más refinados tormentos. Crugían los huesos en el potro y se desgarraban las carnes en las dentadas ruedas. Cabalgaba el verdugo en los hombros del condenado a muerte, suspendido de la horca de piedra, donde contorsionábase en desesperado esfuerzo como trazo fatídico. Presentía el mundo a Orcagna y a Brueghel, a Durero y al Bosco, a Goya y a Valdés Leal, y a todos los plastificadores del horror y de la muerte.

La tierra de Italia estaba sembrada de latinos mármoles y sentíase ya en el seno de ella como el fragor de un terremoto de plasticidad. El vientre de Italia estaba preñado de pagano arte, y en aquellas entrañas, fecundizadas por el genio de la Antigüedad, sentíanse las palpitations del Renacimiento, estremeciendo las edades. Un profundo estupor inquietaba la tierra.

Bajo las plastificaciones del arte bizantino y del arte ojival, el Ave Fénix de la fábula amenazaba renacer de sus propias cenizas y derrumbarlo todo.

La crueldad y la concupiscencia enseñoreábanse del mundo, como si Cristo no hubiera existido.

Y en esta hora de horrores e inquietudes, en este ambiente de odio y de muerte, surgió la plenitud de San Francisco. Y fué el Santo un sonreír de fraterno amor universal, un rayo de sol entre las nubes de la Edad Media.

EL HERMANO DE LA NATURALEZA

Inflamóse el Santo en la exaltación de la penitencia. Para mortificar su cuerpo, despojóse de su hábito, como el árbol se despoja de su fronda, y desnudo roble de la voluntad, en la desolación de los campos, alzó al cielo los brazos penitentes, como ramas que implorasen la resurrección, y retó a la noche glacial, y las espadas gélidas del cierzo le traspasaron las carnes; y como si este martirio fuese poco, se arrojó a una zarza, y las espinas se trocaron en pétalos de rosas de fragante nieve y aromático fuego.

Un día, predicó a las aves en el camino de Bevagna. Hablóles del Creador, que les había dado alas, para ser libres, y sayal de plumas para el frío, y grano para el sustento, a ellas, que ni siembran ni siegan; y por patria el campo y la atmósfera, y por nido los árboles. Y les aconsejó que entonan cantos de gratitud al Creador, pues mucho las amaba.

Pactó con el hermano lobo en la montaña y lo condujo a Gubbio, manso como un cordero.

Cuando, predicando en Albano, cantaban las golondrinas,

impidiéndole hacerse entender, redújolas a obediencia de silencio, mandándoles oír.

Camino de Roma, cambió su capa por un cordero, que llevaba un pastor, para ser degollado; lo acarició y se lo llevó en brazos, y entonces fué el cordero amigo del hombre. A partir de Roma, dejóselo a Jacoba de Siete Solios, a quien, según cuenta San Buenaventura, comunicaba el cordero las horas de rezo, acostumbrado a acompañar al Santo en sus ejercicios espirituales. Y salvó del cuchillo a muchas más ovejas.

Voló en alas de su fe San Francisco de Asís del abismo de Clusio a la frente del monte Albernja, y hubo allí su retiro.

Trocáronse en alas las hojas de los árboles; diluviaron las vegetalizadas nubes de las copas irisados caramillos de plumas, que cayeron sobre los hombros del Hermano Hombre, en multicolores copos de armonía; se trocaron las flores en mariposas y aletearon sobre la sien del Santo, pétalos en la brisa; rezaron las fuentes; enmudeció el viento; entonaron las cumbres el Stabat del Fraterno de Asís. Hízose alas la Natu-

raleza y recibió a su hermano, enviado del cielo. Y fué el monte Albornia el pedestal de la viviente estatua del Amor.

Y allí anidó Francisco, el ave mística del abrazo fraterno.

Anunciábanle la hora del rezo los graznidos del halcón de los tajos; besábanle en la frente la hermana aurora y el hermano sol; saciábanle la sed la hermana agua y la hermana meditación; serenábanle el alma la hermana soledad y el hermano silencio, en los brazos de la hermana luz y en el seno de la hermana sombra.

Y alzó a Dios sus loas, en la lira de la Creación, iluminado internamente por el fulgor de la noche estiva, alternando con la filomela, hasta quedar rendido y exclamar: «venciste, hermano rui señor». Y acarició al ave. Y desde allí, contemplaba todos los horizontes de la tierra y del cielo, y alababa al que todo lo crea.

Y allí, transfigurado en el Tabor del éxtasis, recibió la impresión de las llagas de Cristo, que un Serafín de seis alas, clavado en una cruz, le traspasó los pies, las manos y el costado, con espadas de fuego, de donde recibió el nombre de Seráfico. Y bajó del monte, lleno de cielo.

El celestial hermano libertaba a las aves; hacía nidos a las tórtolas; alimentaba a las abejas, que labran la cera del altar; abrazaba los árboles y besaba las flores y las rocas, que florecían bajo sus labios; acariciaba los pájaros y las aguas; caminaba con la vista baja, para no pisar los insectos, y a su paso florecían los caminos. Cantaba en sus manos la cigarra, y un ave, que librara de las de un cazador, en las orillas del lago de

Rieti, echóse en el hueco de su mano, creyéndole nido. Amó a Dios en sus criaturas. Copió el hábito del plumaje de la hermana alondra. Odió la riqueza por la codicia de la hormiga y amó la pobreza por la humildad del ave. Fué el Pobrecito de la tierra, para ser el rico de los cielos. El paupérrimo de la materia, y el caudalósimo del espíritu.

Iba a él la Naturaleza como en los días del Génesis, inocente y pura, en alas y en arrullos, en trinos y en gorjeos, en rumores de frondas y en murmullos de fuentes.

Caldeó las alas de los pájaros con las alas de llamas de su fraternidad y puso en su vuelos el aljófár de sus piedades.

Como aquellos hombres de la Edad de Oro, cantada por Cervantes, bastóle para hallar el cotidiano sustento alzar el brazo y coger el fruto. Y naranjas y pomos, uvas y nueces, fueron su rústico yantar, que compartió con los pájaros, sus hermanos. Prefirió la mesa de una roca o de un prado, con manteles de césped, bordados de flores, de margaritas y de lirios, de campánulas y de amopolas, a la tabla del refectorio y a la mesa del más opulento magnate, que él en su humildad desdeñaba.

Prefirió al murrino vaso el de arena de la fontana, y a la más argentada vajilla, la rama del árbol o el leño de la cepa.

Y en trance de muerte, prendió de la cabellera de luz del hermano sol el velo de sombra de su hermana la Pálida.

Y la noche de su glorioso tránsito, las hermanas alondras, las aves del alba, creyendo lubricán la sombra, aletearon sobre la celda funeraria, cantando la alborada de un espíritu bueno.

FRATE SOLE

No podía un santo latino como San Francisco de Asís cantar a las brumas del Norte, sino a las llamas del Sur. Por eso entonó su cántico al hermano sol, que germina el grano en el surco, el trigo sepultado en la tierra, que resucita como Cristo en ascendente espiga de luz, áurea Custodia del Pan Eucarístico; al hermano sol, que despierta la flor en el prado y liberta del hielo a la hermana fuente; que arranca las prístinas voces del campo a la garganta de la alondra, y aviva la savia en el tronco y en la rama, y en las venas del pobre acelera y enciende la sangre, única púrpura de la «santa pobreza»; que calienta al rey y al mendigo, y vela los andrajos en áureos tisúes, al mediodía, y los cubre de mantos de escarlata, al ocaso; a la fuente de vida, que brota en la sierra azul de los cielos, y se precipita en torrente de impalpable oro

sobre la tierra, fecundizando sus entrañas; a ese sol de Italia, que puso el iris en la paleta de los pintores, para que entonan con el plectro del pincel, en la lira del lienzo, las bondades divinas. Cantó San Francisco al hermano sol, vitalizante de todos los seres de la Creación, porque él fué el sol de la fraternidad. Y vastóle este himno de llamas de amor para su inmortalidad de poeta: «Loado seas Señor, con todas tus criaturas, especialmente mi hermano el sol, que nos da la luz y el día, y es bello, esplendoroso y radiante, y da testimonio de Ti».

Cantó al sol el alma de San Francisco de Asís, con la sencillez y la pureza de la alondra, porque es el sol el vitalizante de las criaturas y él es el sol de la fraternidad y del espíritu.

LA LIRA FRANCISCANA

Brota el raudal de la poesía franciscana de la fuente de bondades del corazón del Santo con «Frate Sole» y la flami-geración cordial de esta poesía fecundiza de espíritu los gérmenes inmateriales, sembrados en la tierra del alma de San Buenaventura, por la mano del cielo. Y espéjase el franciscanismo en el alma de este santo, como el sol en el cristal de

la fuente, y este Platón de la Edad Media, en frase de una alta mentalidad contemporánea, poeta de lo suprasensible, recogió en sus manos toda la poesía de sencillez, emanada de la vida del Santo de Asís, y sembró en las glebas de las generaciones el germen del ejemplo. Y habló de la fraternidad de San Francisco con las aves, y reveló el revuelo de las

alondras sobre el cadáver del Seráfico, celebrando con no aprendido hosanna el tránsito de su alma a los cielos. Y estableció la devoción del Ángelus, plegarizando esa solemnidad majestuosa de la tarde, en que el alma de la Naturaleza fluctúa entre la luz y la sombra. Y fué el cantor de María:

«Ave, coeleste liliu!
Ave, rosa speciosa!
Ave, mater humilium!
superis imperiosa!»

Fuó San Buenaventura el faro de la fe, encendido desde la eternidad por la llama seráfica, para iluminar el mar de las horas a los navegantes de la vida.

Y fué San Francisco el celestial maestro de ultratumba, que inundó en sonrisas de humildad y de amor la aridez de páramo de toda la ciencia medieval, alojada en el cráneo de San Buenaventura, fertilizándola con el sol de la santa poesía.

E inflamó la llamada franciscana el espíritu de Tomás de Celano, recia encarnación de la sapiencia y de la inspiración, que recluyóse en el claustro donde escribiera la vida de San Francisco y clamara el famoso «dies iræ», cuyo eco aterrador, rebotando de siglo en siglo, llegó a repercutir en la lira del más grande de los poetas contemporáneos.

Y enloqueció de amor en la llama del franciscanismo Jacobo Benedetti, llamado Jacopone de Todí, jurisconsulto, político, satírico y poeta, generador del poema «De Contemptu Mundi», creador del Stabat Mater de la Cruz y del Stabat del Pesebre, del cántico a María; defensor de aquel venerable religioso Pedro de Morón, al que sacaron de su cueva de los Abruzzos, para elevarlo a la silla pontificia, y entró en Aquila montado en un asno, pues quisolo así para imitar la entrada de Cristo en Jerusalén; y llevaban del cabes-

tro al asno cabalgado por Pedro de Morón los reyes de Sicilia y de Hungría. Y, según la fantasía popular, a aquel anciano Papa encerráronle en los calabozos de un castillo de Campania, donde expiró bajo la visión de una cruz de llamas, encendida en el aire. Lanzó Jacopone la flecha de la sátira contra el Papa Bonifacio VIII, que no le perdonó ni en prisiones, con que le castigara. Y fué Jacopone autor de la canción «Ánima Benedetta», que murió cantando.

Ardió en la armonía de la lira franciscana, mariposa mística, la inspiración de Fray Hugo Panciera.

Y un poeta anónimo, el más franciscano de ellos, sembró en el jardín de la mística poesía las Florecillas de San Francisco, lirios y campánulas de humildad, margaritas y violetas de sencillez, dulces sonrisas de la Naturaleza y del amor, que aún perfuman las almas con la ambrosía de su aliento.

Y surge Giacomino de Verona, el precursor del Dante, cuyas estrofas influyeron en «La Divina Comedia», como las estrofas del Conde Lucanor habían de influir, muy luego, en las décimas de «La Vida es Sueño», obra cumbre del Alighieri del siglo de oro en los Autos Sacramentales. Que reverberó el espíritu franciscano hasta en el Dante, que es el corazón de la Edad Media hecho poeta.

Desde la cúspide del siglo XIX, cántalo Carducci en el soneto: «Fratre Francesco, quanto d'aere abbraccia».

Y por último en nuestros días refléjase la franciscana poesía en el poema de Mosén Jacinto Verdaguer, vibra en «Los motivos del lobo» de Rubén Darío, refulge en «La hermana agua» de Amado Nervo y resplandece en los versos de Marquina, bajo el ciclo del centenario del tránsito glorioso.

Es la poesía franciscana la estética de las bondades en el torrente de todos los siglos.

LOS PLASTIFICADORES DEL SANTO

Es dilatadísima, como el mar de la bonanza de su amor, la iconografía de San Francisco de Asís. Vegas de lino, bosques de laurel y de cedro, de alerse y de caoba, espiritualizados por los pinceles y las gubias del genio, cantan en el eterno idioma del Arte el poema de la divina fraternidad franciscana.

Pintan la seráfica imagen del Santo del Amor Fraternal Agustín y Aníbal Carracci, el recio Ribalta y el brioso Ribera, el apacible Fray Juan Rizi; Van-Dick, el pintor de la elegante esquisitez, Patinir, que llevaba el misterio del color en la lira de su paleta, todos los pintores del Arte Cristiano, desde Cimabue hasta Ferrant, Domínguez y Casto Placencia, que decoraron con episodios de la vida del Santo el templo de San Francisco el Grande de Madrid.

El cuadro del Correggio, del Museo de Dresde, representando a San Francisco orante, es la santificación de la grandiosidad. Rememora la composición de este cuadro las de los de Fray Bartolomeo; pero la técnica es la voz de la reciedumbre y la mirada del color. Este fué el único lienzo que firmó el maestro, para demostrar en esta arrogancia que se trataba de su obra cumbre.

Pero los pintores que más plenamente sintieron y con más justeza interpretaron el espíritu del Santo, fueron el Giotto, el

Greco, Zurbarán, Murillo y Herrera el Mozo. Un toscano, un candiota hispanizante y tres españoles.

Sólo el Giotto, el humilde pastor de ovejas en los pastizales de la Toscana y divino pastor de almas en los muros de Asís, con los sermones de sus frescos; el zagal elevado a pintor por el ímpetu de su genio y la protección del Cimabue, podía ser el plastificador máximo del divino Pobrecito de Asís. Sólo el Giotto, el verdadero padre de la pintura italiana, que había de influir en Fray Angélico, el más místico de los pintores, y en Miguel Angel, el más grandiosamente audaz de los genios, podía eternizar sobre los muros de la iglesia de Asís, con ideas de la línea y sentimiento del color, los «Stabat» del Gran Fraternal.

Es un prodigio de exaltación ascética aquel lienzo en el que los pinceles del Greco, empapados en luz de eternidad, trazaron la efigie orante de San Francisco de Asís, contemplando una calavera, que sostiene en las manos, en aquellas manos que tuvieron la vida, acariciando el cráneo de la hermana Muerte como acariciara el plumaje de la hermana ave, asomándose a los espejos sin fondo de la Eternidad en los abismos de las vacías cuencas, donde se extatiza al contemplarse, muerto viviente bajo la mortaja del sayal, arrodillado ante la imagen de la hermana Pálida, que vendrá a libertarlo

de la fosa del mundo; orante estatua de marfil de un sepulcro, generada por el buril del pincel de un genio.

Exáltalo Zurbarán contemplando en éxtasis el espejo del infinito. Concíbelo Murillo en audacísima genialidad de pensamiento, cegando de amor el abismo de doce siglos y retrocediendo al Calvario, donde Cristo lo abraza desde la cima de la Cruz, como al más amantísimo de sus hijos, en el que imprimió la viva imagen de sus llagas y encendió la llama de su propia bondad, dándole por herencia la fiel imagen de su corazón mismo. Y mientras arróbase en el divino abrazo, rechaza con el desnudo pie la bola de estiércol del mundo. ¿Qué pintor de la tierra concibió más portentosa alegoría? La mano del Genio derrumbó la montaña del Tiempo con el abrazo del amor, y sobre sus escombros eternizó la plástica divina. ¡Oh prodigio del Arte!

Mas sólo el pincel del Cimabue trocó el lienzo en eterno espejo de la imagen del Hombre de la Fraternidad. Cimabue pintó el auténtico retrato del hermano Francisco, que se venera en Santa Croce de Florencia, donde se muestra sólo un día del año. Y allí vive en la sombra, junto a las tumbas de Miguel Angel, Maquiavelo y Galileo.

Pinta Herrera el Mozo «La Ascensión de San Francisco de Asís» con la grandiosidad de concepción de un titán del Arte.

Elévase el Santo, empalidecido el rostro por el beso fraterno de la Pálida, recién despierto a la vida eterna, enhiesto sobre un bajel de nubes sostenido por los ángeles, en audaces escorzos, puros esquifes del piélago del cielo, cuyas alas son velas desplegadas.

Y, desde abajo, Fray León, escorzado en inconsciente audacia de asombro, penumbrándose la frente con el arco del erguido brazo, para velar la luz ultraterrena que la ciega, contempla la ascensión del justo, que sube como un perfumado vapor, vueltos los ojos a la Infinita Luz que llueve de lo alto, aún estremecidos los labios por los versos del Rey Profeta, que murió cantando.

Y aún resuenan sobre la choza de Santa María de los Ángeles los trinos de la alondra.

Y bajo la mística esbeltez de las ojivas del Templo de la Grandiosidad de la tierra hispalense, y enigmatizado por la celada luz de la vidriera quinientista de Vicente Menardo, gematización iridiscente del Albornia seráfico, predica a los siglos el gigante lienzo del pintor seiscentista, con la rotunda reciedumbre del genio de la Raza.

Y así como el éxtasis de Santa Teresa no lo esculpió nadie

LA VISION FRATERNA

Cuando me hiere el corazón la humana grosería y me punza el pecho la malvada injusticia y me obstruye el camino el infame egoísmo, huyo de la ciudad a refugiarme en la paz de la Naturaleza. Y allí vago errante por la soledad y el silencio. Parpadean las pupilas del Infinito sobre el rostro azul de la noche, como aquella serena en que la musa de Fray Luis de León concibiera la serena poesía. Oigo la voz de Kant, que afirma: «No conozco más que dos cosas sublimes: el cielo estrellado y la conciencia del justo». Pero ni Fray Luis, ni Kant llenan el inmenso vacío de mi alma.

Canta el ruisenior y su voz en la noche es una oración henchida de presagios. Sueño despierto. Oigo una voz dulcísima, ungida de serenidad, como una música ultraterrena, que reza, más que canta: «Loado seas, Señor, por la hermana

como un italiano, el Bernini, encendiendo el hielo del mármol en brasa de fe, el amor de San Francisco no lo gubió nadie como un español, Pedro de Mena, inflamando el corazón de la madera en fuego de fraternidades.

Y fué la Catedral de Toledo, una Basílica del siglo del Santo, el estuche de piedra y de vidrio que guarda la joya de la imagen. Venérase la estatuilla del Pobrecito entre las joyas del tesoro y como la más preciada de ellas.

Bajo la gubia encendida de amor del granadino imaginero hízose la madera hieratismo e ingravidez, trocóse en espíritu la materia. Humildemente ocultas las manos en las mangas del hábito, aquellas manos que sembraron de amor de caridad el páramo del mundo; calada la capucha como para velar en sombras de modestia la luz de aquella faz que venciera al Sol, esbeltízase la mística figura como el ciprés de un rezo. Marfileña de amor como la de los muertos en olor de santidad, emociona su cara, emergiendo del hábito, lebración del plumaje de la alondra, como de una mortaja. Aquel leño es un faro, un vaso de alabastro traslúcido, que transverbera la interna luminaria. ¡Oh prodigio del genio!

Refulge el áureo siglo en el Santo muerto de Alonso Cano.

Y culmina la actual talla policromada en la imagen orante de San Francisco de Asís, gubiada por el imaginero de Galicia Francisco Asorey, el hermano imaginero que plasma con amor de enfebrecido arte la efigie del Hermano Fulgor, su santo patronímico. Plastifica de amor la madera la gubia orante de Asorey. Y siendo candente brasa el acero creador, no quema el leño, sino animalo e hieratízalo en estilización de éxtasis y de serenidades.

Es la franciscana escultura de Asorey, el Hombre-Cruz, proyección de Cristo sobre cuyo dñestro brazo, triangulizado en ascendente ala, dinamizante y estatizada, asoma su domada expectación la cabeza del hermano lobo, emergente del hábito. en raro simbolismo. Ciérranse los ojos del Santo al externo mundo, y, cerrándose, se abren a las luces internas. Todas las alondras de la tierra cantan en el nido de su pecho, todas las flores de la primavera perfuman en el pensil de su corazón, todas las criaturas del mundo aman en la llanura de su espíritu, toda la luz del Infinito palpita en la hoguera de su alma.

Y, por último, resplandece en la «cara Lutecia» post-rubeniana, el hermano fraile, encendido en la cordialidad del «Frate Sole», quintaesenciado por la glosa transcendental del cincel de Sandowski. Y de Cimabue a Sandowski refulge una línea de llamas en la gracia de un arco de victoria.

estrella y la hermana noche, por el hermano ruisenior y la hermana fontana, por el hermano silencio y la hermana soledad». Y tengo una visión. Se me aparece una figura hierática, vestida de pardo sayal, que avanza ingrávida por los campos con los pies desnudos. Es un fraile de pálido rostro de marfil, dulce como el de Cristo, nimbado de un áureo fulgor como un sol en la noche. A su paso, vístese la tierra de flores y cúbrese los almendros de fragantes copos y el aire se inunda de alas. Y el panal de la voz divina prosigue destilando las mieles del amor fraterno sobre el corazón del Universo: «Hermano poeta, hermana ave, hermana estrella, loemos al Señor, que nos da la vida y el amor fraterno».

Y el Santo y la Naturaleza se funden en un beso de suprema dulzura.

D
E
L
A
S
R
E
S
O
N
A
N
C
I
A
S
A
R
B
I
T
R
A
L
E
S
P
O
R

A
L
A
S
E
M
O
C
I
O
N
E
S
F
R
A
N
C
A
S
(s
e
n
s
a
c
i
ó
n
d
e
t
e
o
r
í
a
y
n
a
d
a
d
e
l
a
t
e
o
r
í
a)



PEDRO RAIDA

ILUSTRACIÓN DEL
ARTISTA MEJICANO RIVERA REGALADO

A Don José Ortega y Gasset

Y levantada mi copa de oro «Meditaciones del Quijote». Y espumada mi frente de champán azul «Deshumanización del Arte». Y por la salud vigorosa de vuestra brillante majestad en el Siglo XX de las letras.

I

(FRAGMENTACIÓN)

.....

EN Sevilla aprendí cuanto me aleja del flamenco desplante, la flamenquería y el flamenquismo.

O lo que es igual: cuanto me distancia del árbitro acentual, el asonante y el consonante.

Diré a mayor sinceridad: En Sevilla adquirí mi presente ostracismo. Me va ideal en sus amplitudes. Al menos, mi neurastenia se ha curado desde que emigré de las supercherías constructoras de eutrapelia. Y desde que no ahumo mi cristal para ceñirme a los eclipses de pandereta. Y desde que no inclino el cuello sojuzgado a la taracea de un mosaico.

¡Ahora sí que puedo otear a Sevilla en su mágico despertar de mirras, azahares y heliotropos!

¡Ahora sí que puedo llamar a Sevilla: hermana, maternal, patriarcal; tumulto, luminosidad!

¡Ahora sí que—libre de las resonancias arbitrales y encrestado en la cúspide rayal

de las emociones francas—siento a Sevilla destructora de su muralla china, y captándose en su más imperceptible atomación, y anegándose en el ansioso «eureka» de sus más sevillanos colores!

He aquí, por lo tanto, y por lo que yo resolví disipar actitudes; nuevas actitudes de parada marcial ante empolvados dones de Minerva. Me bastó el ascetismo planífero de esta inexorable palabra: ¡Hoy!

Pero, en consecuencia, en mi terco y perpetuo alucinante diafragma. Es confesar:

Sensación de teoría, y nada de la teoría. O nada, consecuentemente, de jactancias ni titubeos.

Sólo y naturalmente: Reacción.

Única y verdaderamente: Plenitud.

II

(LANZADA DE ESTÍO)

.....

Y yo, que en este momento ignoro lo que sea ritmo, sé que la infancia de mis sueños en Sevilla fué carne enclaustrada por el ritmo—metro perfecto de teoría—.

Mas la fecha que yo me apercibí que la primavera rasgaba su epidermis, nevándola en petalitos cándidos, que volaban a enjambrarse en los jazmineros de Sevilla, y que la primavera coagulaba su sangre en glóbulos de raso y de roja efervescencia—claveles sevillanos—, posándose voluptuosamente sobre el manto de sol que Sevilla viste en las recepciones de su opulento meridiano; yo, entonces, dejé de preocuparme—no sé por qué, pero así fué— en lo que antes creyera «hubiese»: un pecado inyectado y endemoniado de renovación y penado de martirio infernal, y una virtud donificada por ángel de estancamiento y premiante de gloria.

Aquí, yo sentí nuevo gesto apasionado. Nueva melancolía de placer. Otro gozo en el cerebro. Otra risa en el corazón. Distinto reflejo de Sevilla. Distinta alegría de España. Infinito milagro en el sol. Infinita preñez en la tierra. Eterno sinfonismo en el cosmos. Eterna audacia en la creación.

Porque ciertamente: La eterna audacia en la creación, el eterno sinfonismo en el cosmos, esta infinita preñez en la tierra, este milagro en el sol, esa distinta alegría de España, ese distinto reflejo de Sevilla, aquella otra risa en el corazón, aquel otro gozo en el cerebro, con nueva melancolía de placer, con nuevo gesto apasionado—variada demarcación— que yo sentí cuando la infancia de mis sueños quemó sus alas en la arribada lámpara de mi mocedad, son el proceso de que yo crea enérgico o enérgicamente leal, en la lealtad de Einstein y de Marconi, geniales encarnaciones de pura ingrátida poesía.

Creo mismamente y bien, así en la poesía de un rascacielos. Creencia que es en mí cebrá indómita. Me la enseñó «Sancho», que no acertó a lograr más allá de los cimientos al rascacielos... y cayó inerte. ¿Acudió Don Quijote? Vino Don Quijote con sus divinas quimeras y con sueños. Puso cien pisos al rascacielos, y aún preguntó: «¿Cuántos más hacen falta? ¡Traigo sueños, traigo quimeras divinas—imperecedera y retornante juventud—: todo lo pujarán!»

Desde aquella madurez, si yo apreso la onda lejana o me incitan a que yo la auricule en expresiones como éstas: «modernismo» y «culteranismo», son ráfaga de misma escuela, torva identidad de aberración literaria. Yo, con perdón del viejo poeta: no asiento mi acuerdo en este gratuito parecer. Reposadamente, con perdón del nuevo poeta: yo vislumbro un algo de esfumada particular atinación en el percal de este malhumorado concepto.

¿Pero a qué protocolo, ni a qué dogma aferente se remueven, zarandean y aquilatan las sustantividades: «culteranismo» y «modernismo»—para extraer, primordializar la esencia de un arte—la poesía—, cuyo hinchado error de una su minoría sacerdotal, es pretender varearlo con la rigidez de un acuartelado siglo XVI o situarlo en la porción contribuyente de un licenciado siglo XX?

Objeto de ignorar: si el «culteranismo», en su época gestatoria, advino a mayor noble abundamiento de grandeza innovadora y manumisión de las letras—cual es

el fin acaescente e indubitable del «modernismo» de la palabra escrita. Mas no cederé mi tenacidad en observancia de aquel panorama literario: Lope, Cervantes, Quevedo, y cuanto numeroso palatino del ingenio iluminado de aquella áurea y argentina actualidad, franqueó hombríamente los nuevos cañaverales de las nuevas especulaciones literarias. Acogiéndose fervorosos y convictos al clavo ardiendo del «maestro». Aun cuando injustamente y lastimosamente, únicamente al «maestro» se confinara en blindado lazareto. ¿Sentenciado por supuestas extravagancias de atentado a los modos y maneras de enunciar? A la postre, y a su modo y manera, todos insaciablemente enunciaron parejamente en el disciplinado siglo XVI, sin que para ellos se cicutara sentencia. Toda la culpa al «maestro».

Claro está, y es la razón de privilegio, que el siglo XX, correcto, pulido, equitativo, analítico, ofrenda al «maestro». Hiende, además, las tapias sanitarias erigidas contra las rotondas de sus audacias reales, las prohija, le invita a que penetre en el reino de la democracia de lo bello, y hasta parece decirle: «Ahora nadie os mellará la piqueta, estamos en sana y arrojada mayoría».

Los trigales inundaron las comarcas enteras. Desgastadas las suelas que pisotearon los juveniles brotes hasta veintiocho semanas del año 14. Contenidos después. Derrotados en discóbola, limpia, vencedora lid, por el ejército de juventud que tiene a la aurora por bandera y al mar por campo de ejercicio y al cielo por blanco de sus ideales; y a los himalayas, tinteros de sus concepciones; y a las nubes, humos de sus pólvoras imaginativas; y a las estrellas, granadas de sus disparos renacentistas.

III

(OLAS Y ROCAS)

.....

LA Giralda de Sevilla tuvo para mí el encanto—en el encanto abstraccionista de la infancia de mis sueños—de sentirla «romance morisco».

Acontecimiento—mi acontecimiento diminuto—vagó indeciso, todavía como un pajarillo, sin saber en qué rama de cuál árbol posarse.

La «Revista de Occidente» no había aún geometrado el viento de sus velas, ni montado el timón en el vértice de sus peregrinaciones.

Tampoco Eugenio D'Ors había iniciado su colaboración en el periódico «A B C».

Sucedió, al fin, lo inevitable. Voluntades indomables esparcían el grano germinador y emergente. Yo conseguí prologarme en el dinamismo espiral del maravilloso laboratorio de la luz de Sevilla. Aspiré a trayectarme hasta el epílogo de estilización de sus excelsos cambiantes y vislumbres. Hice del órgano químico de esta arrebatada sencillez de claridad sevillana, mi santuario girasol, mi lente vital, mis ojos prismáticos, para que me ensancharan la visión giralquina de Sevilla en la franca emoción de toda plenitud. Honor de olvidar cuán pobre sentí a la torre de la esbeltez musical, experimentándola resonancia arbitral de «romance morisco».

Entonces: Ah, entonces, la mano al acecho recorrió la cortina. Apareció el viejo poeta crispando un panal de rejalgar, rezumante de mil insomnios pervividos entre la irritabilidad de sus venas en disección; parpadeos en cabriolas y contorsiones cesarianas.

Hipertrofias, apoplejías por modo y manera, sí. Sangrías, amputaciones a frescor de continuidad, no.

¿Pues? ¡Vehemencias! Hermético deseo, capricho meramente del viejo poeta, queriendo demostrarme - postula primero un sitio de preeminencia en la prodigalidad del emponzoñado adjetivo: «modernista» —de que la actual juventud era decadente, era culterana. Era —pronto, veloz— asoladora calamidad.

Pero sobre este cañamazo de afirmaciones proemiales, convergieron al instante ovillos de causa. Discurso, enunciación del viejo poeta (entiéndase en acotación: «obstinado versificador»): Esta decadente, esta culterana, esta calamitosa juventud carece de alma hidalga, dialoga escuetamente con los sentidos. No tiene corazón palpitante. Frívola, superficial. Medrosa —le dan mareos y vértigos— ante las profundidades abismales de cualquier lógica o filosofía equilibrada.

Más o menos lo que dijo el viejo poeta; y lo que siguió diciendo más o menos, y más que menos: Porque ninguno de los empeños de la actual huera intelectualidad sobrevivirá a su autor en el siempre. Evidentemente: a los autores de esta desdichada transición—generación saltimbanqui de nadería en nadería—¿qué les deberá el arte en las exaltaciones del estilo, ni en la singularidad del pensamiento?

Y hace el viejo poeta su maravilloso paréntesis, de pie, oficiando en altares y tabernáculos arquímeeos, y sesgando la ocasión para enredarme en la maraña de su confiada elocuencia y en los hilos proyectantes de sus miradas demosténicas.

Le escucho y él cita ágilmente y apellida concretamente autores. Autores de estos tiempos. Magistralmente enristrados autores de estos tiempos, prototipos de perversos modelos y modelos de perversos modelos de la juventud. Y a los cuales la posteridad exigirá el precio de una estrecha y multadísimas cuenta. Durísimamente por sus desmanes literarios.

Colofón. No abatido el épico grito, ni sustraído el enigma al gesto pasatiempo del viejo poeta: «¡Desengañese usted— (un vals, que esto pudiera expresar)—, todos se

desengañen: atraerse a propios criterios y librarse a propias normas, es el desacato —desafuero— atentado alevoso a las doctrinas de los clásicos. ¿Y ello? Ah, ello, por cuanto los clásicos parlamentaron, en definitiva, los infalibles imperativos de ciencia. Constituyeron las honradas integridades de juicio. La verdad estricta, el régimen político de la eternidad. Plantearon de toga el problema. De púrpura la solución... ¡y a callar!

Y RUTAS...

Ramiro Apóstol carece de voluntad. Conoce lo sintomático de ella: carácter. Evidentemente, conoce el patético y broncíneo carácter del viejo poeta.

Sin embargo. Nuevo poeta - él— probó la dificultad de ejercer la caracterización. No lo consiguió, no le interesó. Tras de persuadirse que la moderna juventud no es comediable.

Tras de persuadirse que el cierzo ruge, y brama la tempestad, y rebrama la tormenta, y truena el ciclón y retruena el rayo. Fulminantes. Dinamiteros.

A conclusión de persuadirse que el poeta no es cierzo, ni tempestad, ni tormenta, ni ciclón, ni rayo. Ni fulminante, ni dinamita.

Poeta es simplemente y bondadosamente: hombre.

Así lo devana en su sentir, y siente— nuevo poeta: Ramiro Apóstol— comezones angustiosas por hacerme esta revelación—inducirme a creerla—: En compartimento alguno de ninguna sensibilidad artística, tiene derecho a figurar, puede ni debe ya autorizarse el clasicismo.

Suspira acción por un arte cálido, renovador; anulando el arte del pasado, frío y senil, y repone: ¡Qué marchito!

Y me valla el esbozo esquematizado, de observación oportuna, apenas comienzo a formularla:

—Las «Eglogas» de Garcilaso... ¡Garcilaso de la Vega!

Con elástica y diplomática brusquedad:

—Garcilaso de la Vega pasó a la historia. Es ya poeta de vitrina en museo antiguo.

¡No! Viejo poeta: Esta época talló la «Estatua de la Libertad» y construye el próximo puerto aéreo de Sevilla.

¡Tampoco! Nuevo poeta: El pasado fundó el «Coloso de Rodas» y dió la insuperable y formidable ofrenda de Palos de Moguer.

IV

(EN PLEAMAR)

SEVILLA está en pleamar. Sus orillas vetustas, tersas, inanimadas, las han cubierto olas de penetrantes iniciativas y ardores de impresionantes realidades.

Sevilla, que estuvo abocada al alcanfor y a oler a mustio sándalo, de frente a su pasado, espaldada al futuro; ahora, que sólo imprime los dedos en el pasado—respetuosa a no abandonarlo—huele a romero fresco, y huele a violetas rociadas. Porque se ha lanzado en pecho al futuro. Abrió un maravilloso surco en la fecundidad del trabajo, en el almacén de la semana. Allende los linderos, allende su mediterráneo, traspasado su atlántico.

Y el domingo descansa.

Pero el domingo yo levanto la alfombra esmeraldina de las frías losas urbanas y la tiendo en las tierras calientes, donde hay otro domingo, como yo quiero mi domingo...

Mi domingo, o la refracción y el color de mis pinos estalactitados de verdores, de mis glebas estalagmitadas de bermellones, de mi cielo en diluvio lumbral, y de mi fluídica cenitación de octubrinol sol de la Bética.

Yo forjo mi domingo en guirnalda azul; y cincelo cada hora: orto, gema, animación.

Domingo es mi refugio adorado. Mi domingo es la expansión del ruiseñor.

Tuve, no obstante—amortiguando preámbulos—, cierto domingo...

Cierto domingo paseábase el viejo poeta por la terrosa «Plaza Municipal» del «Pueblecito blanco», y tomaba—expresión suya—el sol. Gustaba, pues, de tomar el sol—su sol—en la «Plaza Municipal», distante cien metros—a lo sumo—del aparto, donde ya la luz, y el oxígeno y la vida, y la canción, no trascienden a municipalidad.

Había ajustado dichosamente setenta años, sin la menor ingratitud por parte de sus colectores mentales. Conservado en rigurosa compaginación de salud. Salud, desde luego, sustraída y desempleada en los estremecimientos de la naturaleza cordial.

Sospecharíase en él regodeos o conjeturas a medir la angostura extrema y a varear la tacaña estrechez periférica de la plaza más ayuntamentada de su pueblocito blanco y natal. Del que si salía brevemente en contadas ocasiones, comisionado a la Gran Ciudad, no lo era jamás a escapadas emulativas de sus elocuciadas magnificencias, ni arribo—menos—a ciudadano profundo dinamismo.

No sé quién le propuso, con estas ave-

riguadas palabras: «Viejo poeta: ya que viejo poeta sois, ¿cómo no se os remueve el deseo de viajar en la prudente carreta, o en la diligencia sonora, a semejanza de nuestros antepasados, ante los cuales no se desdeñaron reyes, ni magnates, ni poetas? Debe ser, en verdad, harto lindo, encantador, el salvar de esta forma mesurada las distancias. Llegar, por consiguiente, en tierno carácter—y seguro—al «Pueblecito blanco»...

Fallaría la exactitud, comprometiéndome a divulgar exactamente la respuesta del viejo poeta. Pero de la concentración de la respuesta me impuse, respondo, lo revelaré sintéticamente. Repito que por declaración tácita del viejo poeta: «Viajar en cómodo «Sedan», por ejemplo de cien HP. y, por ejemplo, en extensión con amortiguadores; viajar en «Expresos» de lujo, por ejemplo ballestados y confortables. Reclinarse, acodarse—en auto o en tren—sobre blandos almohadones de terciopelo azul o carmesí, es un placer que nunca compensará otro medio cualquiera de locomoción—la carreta, digamos al tuntún... Mírese por donde se mire: lenta, pesada; por mucho que su chirrido insufrible irradie emblemas de evocación y blande sensaciones de poesía, y dimane por momentos rimas perfectas y acentos perfectamente encajados.»

Voces de aire, clamores de sol, me incitaban a que prosiguiese el itinerario dominguero; impelido a los oteros, a los collados, a los alcores, a los doseles de la fronda o hacia los amables espasmos lumínicos de la vega.

Todavía fui detenido por el viejo poeta.

Ostentando un atrayente boato de simpatía y su desmedido fausto de bondad, me interrogó:

—¿Adónde se encamina usted tan de prisa?

Le contesté:

—Pues a mis pastorales. ¿Quiere usted acompañarme y repartiremos, a tasa de hermanos, «mi» domingo? Y de esta suerte se invertirá en «nuestro» domingo.

—¿Qué lo siento, amigo mío!; con gusto—repuso gravemente—le acompañaría..., a no impedírmelo estimados amigos, a quienes aguardo y con quienes echo, en domingos, más fechas de holgar, un partidito de dominó o una partidita de tute en el Casino. La sesión nos coge hasta finada la tarde; lo pasamos siempre harto bien. Y crea usted, yo disfruto, disfruto muchísimo.

Verticalmente se atusó una barbilla flácida y cenicienta.

(Quedóse, mi querido amigo el viejo poeta, a la prueba de habitación abrumada, repeliendo a colillas de tabaco indigente y a emanación de vinos peleones de su recreo pueblerino).

Yo preferí la estancia indelimitable, zambullida en la claridad de los senderos y en los antros claros de las alamedas. Preferí la escuela de salud, el aula de asimilación, el método de alardes de sol. ¡Tanto tiempo perdido a sus espaldas!

Tanto tiempo, que al viejo poeta—y añado fielmente: considerado, respetabilísimo, viejo poeta amigo mío—le alcanzó

tiempo a confesarme—¡cuántas ganas alimentaba por su parte de tal desahogo!— que Asunción Silva y Rubén Darío llevarán el «sambenito» de sus crímenes literarios. Santos Chocano y Amado Nervo, ¿qué, de sus pinturas, no se juzgarán prosaismos y vulgaridades? Los Machado y Juan Ramón Jiménez: detractores infames de la literatura! Kipling, Tagore, Heredia, Marquina—y si le apuraban: Rueda y Villaespesa, en unión de los discípulos—legión maldita de enfatuados silogistas y sin la menor noción de arte, ni mínima capacidad de ocurrencia. De Mallarmé, de Verlaine, de Withmann, de Verhaeren, o el nombre siquiera de Marinetti, ¡antes mentar la «bicha» en lo mejor de las cartas!

Perplejo le oí—auténticamente—modular afirmaciones a muestra de las precedentes; sin otra garantía que la responsabilidad doctoral de algún furtivo, extraño profesor de ignorancia. Porque... lo peregrino del caso estaba en que: ¡nada, absolutamente nada, conocía el viejo poeta de las letras modernas, ni de las modernas galas!

Al azar hubo de leer—fijo—no más de tres estultas y vanas composiciones, falsamente carteladas de modernidad por sus oscuros autores o poetas refugiados en la modernidad «camelística», émula de esa antigüedad de naufragos histriones de la declamación. Y ello en semanario de provincia embutido de gentilezas a la obtusidad y torpe despojo de nutriciones ajenas. De tales elementos extrajo el viejo poeta sus tres flamantes botones de muestra sobradamente, según él, para ahorrarle el trabajo inútil a que otros inútilmente se consagran para estudiar la poesía moderna.

Con los tres aludidos botones de muestra, ya conocía ampliamente y cumplidamente el viejo poeta el moderno arte y la moderna literatura de la formante Rusia. El de las presentes Alemania, Francia, Gran Bretaña, Italia, Portugal, España, Escandinavia y los mismos Balkanes. Ya sabía a qué atenerse sobre lo que se admite y difunde como notable y original producción de estros Brasileños, Argentinos, Mejicanos, Peruanos, Venezolanos, Chilenos, Colombianos, etc., etc. Ya estaba autorizado, ya, a predicar que el modernismo nació de la terminante impotencia conceptual, y surgió de clínica atrofia celular de una generación de poetas incapaces de contender con los clásicos ni de conseguirse en los crisoles del clasicismo.

En cantidad de tiempo menor, escuché tantas cosas de bulto mayor, por boca de un viejo poeta, que hace cuarenta años dejó de leer libros. Y es poeta por cuanto existieron Zorrilla y Campoamor.

(Y sin embargo, en la melancolía de su estoica luna hay una redentora alquimia para los casos en que el sol abrasador de la renovación golpea frenético y distendido y mortal).

V

(OPTIMISMO INTEGRAL)

INJUSTAMENTE los sevillanos condenaron a soledad el viejo Parque de Sevilla. A pesar de su nombre de muñequita de «bohemia», hechicero, embelesador: María Luisa.

Los sevillanos justamente animaron de alcornica y de mesocracia al nuevo Parque de Sevilla.

Tan injusta la tristeza del viejo Parque de Sevilla, como justa la alegría del nuevo Parque sevillano.

¿Causas, causas, causas?

Recogimiento. Sueño de añoranza. Severo empaque de egoísmo noblemente taciturno, erradamente privativo, de privativa sensualidad. ¿Sería a tenor éste el viejo Parque de Sevilla?

Munificencia: Versalles-Bois de Boulogne-Bética. Capitular: España.

Visión apoteósica: América y España. Madres sevillanas, niños sevillanos, luces sevillanas, palomas blancas sevillanas, amigas de los sevillanos. Amor sevillano, de amor europeo. Sentido sevillano, de sentido universal. ¡Héla en conjunción: la estampa impoluta del moderno Parque de Sevilla!

En el Parque nuevo de Sevilla adquirí la gloria de fe, que me despojó de la teoría. Ungiendo y alucinando mi respiro llanamente a la sensación de la teoría.

Y plural adquisición: vida de fe. Doctrina hacia los domingos campestres. Enseñanza a desbrozar «mis» caminos de las resonancias arbitrales, transmigrando «mis» espíritus a las cristalinas eras, criadoras de las emociones francas.

El precipitado descuella radical: expulsión de infructuosas complicaciones.

Luego: perlas, perlas, perlas... a través de las copas de los pinos, enalteciendo sus párpados al sol. A flor de muelles y nítidas retoñaciones del labrantío; plegando su ermitaña intimidad a las religiosas intimidades de efervescente ondulación de montañas, desplegadas en signo de paz. Sesteando bajo la azul enarbolada enseña de Dios, símbolo de su Creación.

De esta suerte, yo, ¿a qué madera ni hierro resignarme—seriamente—a enfrascar la palpitación de mi vida-fe y la respiración de mi gloria-fe emocionales—en la esquila de dos hemistiquios y de catorce sílabas, y en el vidrio opaco de otros dos hemistiquios y otras catorce sílabas?

¿A razón de cuáles razones, a lo más emocionalmente melódico y expansional de mi vida-fe y de mi gloria-fe, ha de ve-

dársele libar el sol en la amplitud generosa de los mundos gigantes de la infinitud? ¿Porque una «humana» ley de enjuiciamiento y forma me bastione a libarlo con zarabanda de platillos y borracho vapuleo de tambores y batintines? No. Instrumentos de maza, no... Habiendo argentinos martillos de sinceridad.

Mis sensaciones opositaron su aspiración: morar en rozagantes moradas, cumbre de la irrefrenable omnipotente alteza de Dios. La irrefrenable omnipotente alteza de Dios, duradero abril de la poesía inmaculada. Que yo jamás intentaré imbuirla en dos hemistiquios o en catorce sílabas. O, ni en otras barrocas torturas del aherrojamiento concepcional.

Lo que no empece para que yo me indague y yo me encuentre en la convicción de que Espronceda, Núñez de Arce y Federico Balart, son invencibles titanes que saben detener el puño de los incautos y osados, que se tiran a romper los barrotes de la verja de una catedral «de locos», creyendo posible, temerariamente, derribarlos.

¡Pero ni es incauta, ni es osada la mente febril que irrumpe al norte de las constelaciones!

VI

(NOCHE SIN LUMINARES)

PLAZA de San Fernando, de Sevilla. Día majestuoso de sol imperial sevillano.

Mis desapasionadas manos oprimen el «Canto de Vida y de Esperanza», que «la moral del buen gusto prohíbe se lea, y a su autor se estudie: pésimo poeta diseado, cerebral.»

El intransigente amigo mío — viejo poeta — no postraba sus excesos respecto a los «modernos», ni por una hora siquiera que viniese a Sevilla.

Ahora bien; que en esta fase del luteranismo artístico ha solido correr parejas con el nuevo poeta, quien ingenuamente me previene de que «ya hoy se hacen cosas más grandes», habiéndome sorprendido en la lectura de los «Poemas a la excelsa dama de Gelves», sentado al sol macilento de la Plaza de Doña Elvira, de Sevilla, del sevillano Barrio de Santa Cruz.

Mas a coyuntura despierta, yo me hago comprender del nuevo poeta si le descubro mi optimismo a divagar por los recientes anchos ventanales de la Plaza de San Fer-

nando, y si simultáneamente le objecciono: «Divaguemos también por las transitadas edades, de cara a las apretadas celosías de la Plaza de Doña Elvira».

Y es raudo y es diligente conmigo, y a navegar en dirección a todos los buenos tiempos; y conmigo parte en derechura hacia todos los sublimes resplandores de la belleza del genio, saludando a Florencia y a Granada, y a Ronsard, pero con Góngora.

Ejemplo edificante, en el que no se filtra el viejo poeta. Opuestamente: aguza lo soberbia para mejor encarabinarse y herir a la ejemplaridad.

Virtud tan rígida, de este tal Régulo de la poesía, merece, no obstante, piedad y consideración:

Setenta años, concretados servilmente a los palmos terrenales de la villa, satisfecha tal vez de su apatismo y de su analgesicado aislamiento, más interno que de externo, ¿de qué manera allanarlos, acabarles soldadura con los treinta y cinco de una juventud antenada en el pasmo embriagador de la edad viviente y gravitando sobre la fiera briosidad del siglo?

El viejo poeta trenzó su vida por la borda de sus treinta años; y al aire y al sol únicamente de la «Plaza Municipal» de su «Pueblecito blanco». Y acodado solamente entre los paréntesis furtivos y relampagueantes de la capital.

De consiguiente, y a partir de sus treinta años, este viejo poeta—yo ratifico: amigo mío, y digo entrañable—embarrancó cuarenta años de existencia. Cuarenta años a los que quitó ojos y suprimió oídos. Cuarenta años, ojos y oídos apegados a la densidad humeante y avinada de la atmósfera grasienta de un casino horriblemente ambientado de provincianismo. Cuarenta años de dormidos ojos y oídos sordos al rodar intrépido del carro flamígero de la hercúlea inteligencia siglo XX.

Y si estos ojos no ven y esos oídos no escuchan, ¿cómo presentar al viejo poeta a los grandes genios de la modernidad, y sorprenderle con que todos, todos los genios de la modernidad proceden de una élite fulgural, que ha conocido, investigado y estudiado benedictinamente las fuentes, los cauces y los primores de los más emboscados clasicismos?

Por extensión: Tal vez dijera: — Veo que no existe genial apasionado artista, fanático del modernismo que no sea a la vez rebotante maestro acopiador de las culturas antiguas y acuse, relevantemente, en las ocasiones viriles del palenque, la superventaja de capacidad intelectual y cultural, a constituirse en el irrefutable y certero orfebre de la clásica técnica narrativa, y en el certero estilista y potente radiador de la ilustración tradicional.

Con distintas palabras: Raro y excepcionalmente—aunque lo haya raro y excepcionalmente—escritor de tiros clásicos logra expresarse a la manera: tras de tenue y sutil, cautivante; tras de armoniosa y remontada, precisa; tras de exquisita y elegante, escultural, con las que a ríos caudales exprimen sus afectos o interesan

sus energías los escritores del vivo y animado genio moderno.

Por el contrario: la modernidad y sus reales valores jamás desaciertan ni jamás se intrincan al fracaso dentro de los moldes y laberintos de la reposada y digresiva, dilatada y hermosa trayectoria del clasicismo, si a ello se les incita a fuer de ordenados, y a ello se les coloca a colmo de prueba, y a ello se les reta con el limpio guante de la dignidad literaria.

¿Modernismo?

¡Espoleado, impetuoso, europeo vuelo, yendo a batir alas de victoria sobre la lentitud africana de los zancos, enervantemente aplomados y desesperantemente inmutables!

Resumiendo: ¡Es que al viejo poeta le faltan las travesuras de los treinta años de estos tiempos!

Porque de seguro se impondría el pudor de una misión personal en el sacerdocio de las actuales letras; no importa que diera en soslayarse, pero solamente soslayarse, en el mimo ambrosíaco de los madrigales cetinescos y el talento de incienso de las rimas becquerianas.

Con treinta años, el viejo poeta rectificaría el sinonimar: «Modernismo» y «Extravagancia».

Establecería equitativamente: «Modernismo» para el poeta moderno; «extravagancia» para el alienado de siempre.

O en todo caso, relegaría la «extravagancia» a los que no entendieron el noble «modernismo».

el fuego de su concentración y se consume en el alborozo de su predestinación, yo ya no puedo sentirla en un soneto.

Por mucho que visito los tesoros áticos e inagotables, galanos y partenáicos, diestros e impecables, sustanciales y conmovedores, subyugantes y donairosos de los sonetos adalides de la añeja, varonil habla castellana, lo fatal es que no encuentro el soneto prócer para rendir homenaje al Gran Señor del lozano, jocundo, triunfal despuntar de Sevilla nuestra.

No hallo para la modernidad de Sevilla el soneto de agasajo en fiesta y de celebración en libertad. El soneto de abiertas cancelas, emancipadas del turco y del etiope.

El soneto; fragua, llamarada, vocabulario íntimo y esmaltado, vibrante y serpentino de todas las auras, las brisas, los aires, los vientos, los huracanes de las sensaciones de Sevilla: ni cortas ni largas en su mundana fragancia, ni entabizadas ni diluídas en su adornada inspiración.

Y yo no sé (encaprichado en ir aquilando la nostalgia de no topar con un soneto para Sevilla) cuál sea la más triste catadura de desgracia: si la del «intruso» que medra en la moderna (?) poesía, o la del poeta cinerario que no sabe coger la pluma si antes no empuña el metro...

Pero yo alabo a Sevilla. Y yo alabo con los más trepidantes aplausos de mi esperanza, el presagio de los versos truncados, sin tasa ni raudal, porque ellos, y sólo ellos—en presa sin compuerta—me recerán el plectro que estremezca algún día el vendaval solar con el poema despetulante de lo que en rigor de Dios fueron los trabajos y fueron los días muy siglo XX.

VII

(JULAS ABIERTAS)

MIRRAS. Azahares. Heliotropos.
Anfora de marfil. Cofrecillo de plata. Arcón de oro.

Sevilla guarda en el arcón de oro: heliotropo. En el cofrecillo de plata: azahar. En el ánfora de marfil: mirra.

¡Deleitosa lírica ofrenda en que se baña Sevilla como en su lámpara de gracia; como en su columbrada poesía de latente caduco prestigio y sinfónica ascendencia moderna!

¡He aquí a Sevilla, equilibradamente arriesgada en excedidas grandezas. Grandezas que no retuvo—el «Pretor» empalizo y condicionó los espacios—su famoso soneto con estrambote!

Y demostrado que Sevilla arde hoy en

VIII

(LINDES DESLINDADAS)

HUBO en Sevilla, y por épocas seculares de su Semana Mayor—aún perduran—: poetas bienaventurados cantores, beneméritos poetas rimadores de acompasadas estridencias a la mayor gloria de la Festividad más rica y espléndida, divinizada e inemulable del orbe.

Pues bien: asonantes y consonantes, zambras y cabriolas a látigo de esforzada obediencia al ritmo conventual, en equinoccio alguno de las generaciones metra-

doras consiguieron la genial paridad—en el salmo de la emoción, y en el acervo del lirismo, y en el aroma de la verdad—que tres poetas sevillanos lograron centellejar en otros tantos poemas *del ritmo libertado*: ¿Conocéis «La luna de Paresceve» de José María Izquierdo, «Ditirambos de las Cofradías», de Rafael Laffón y «Los Imagineros de la Raza», de Fernando de los Ríos?

¡Aquellas páginas sí que resplandecen poesía a la mayor gloria viva de Sevilla! ¡Aquellos capítulos sí que transparentan a Sevilla viva en su Semana Santa! ¡Aquellas jornadas sí que cortejan a una Sevilla desescombrada! ¡Aquellos pasajes sí que se desposan con una Sevilla nupcial de amores eternos!

¡Salve! ¿A quién? ¡Al ritmo libertado!

Porque es cuando yo creo sentir unos dedines de carmín, enguantados de armiño azul, escanciando el perfume de la celeste espuma; derramando la pulimentada reverberación de esta actual adamsada plenitud de ringlar los arpegios de la sonoridad y educar las alondras de la expresión.

Así es como toda adhesiva inquietud planea de suprema distinción, treme creadora y aristocrática. Y la cítara libertada, y el arpa ardiente, y el violín encendido arrancan para la gloria del arte y urden para la remisión del canto las prosas de gallarda finura, de estratos oceánicos, de zafiros, de esmeralda, de rubí, de flauta, de égloga, de melodía, que legaron los relicarios craneanos de Flaubert, de Valera, de Rodó.... Y heredaremos de esta moderna juventud, cuyo oriente es Ortega y Gasset, y cuya jovialidad apolínea bruñen afianzados, incommovibles: Miró, Jarnés, Salinas, de Torre, de la Serna, Caballero, Espina. Y aplicados sucesivos.

.....

Viejo poeta: Únicamente a vuestro cenobitismo provinciano puede ocultársele el caudaloso nilo engendrador de esta juventud del ritmo libertado, nervada de eclecticismo, jugosa de sensibilidad, que supo en sus comienzos desdoblar bandera blanca frente a las marmóreas pirámides de Ovidio, de Petrarca, de Fray Luis, de los Argensolas.... Y dejar sendos trayectos de sus años felices vertidos en las «Pincotecas» rutilantes, en cuyas portadas se lee: «Iliada», «Edipo, Rey», «Eneida», «Farsalia», «Divina Comedia», «Jerusalén libertada», «Mesiada», «Fausto», «Hamlet», «Paraíso Perdido», «Lusiadas», «Vida es Sueño».

(Creedlo, viejo querido poeta: ni en milésimo grado alcanzáis la inmensa y espeluznante cultura de esta moderna juventud).

Y si me queréis admitir todavía, viejo, y deferente y respetado poeta, siquiera la sensacional posibilidad de que el perfecto, amante, castizo padre, sólo goza y prodiga el cariño más intenso, a la sazón en que el hijo triunfa en la vida, empinadamente original y celosamente singular, permítidme que yo, por ende, cabalgue en el sentimiento de mi franca, emocional convicción, y no quiera soltar las riendas de este honrado presentimiento: Ver florecer en las mágicas delicias filiales y en el paraíso de los padres genios de Grecia, y del áureo siglo español, el arte en curso de nuestro incipiente ritmo libertado.

En todo caso..., viejo poeta:

Aquí mi silencio. Tendida la mano. Sea la experiencia al tiempo.

Al tiempo del optimismo.

Intangible nuestra concordante amistad.

Pedro Raida

Sevilla, 31 diciembre 1926.

LIBROS y REVISTAS

SEMÁFORO LITERARIO

*CANCIONES * MOTIVOS DE BELLEZA
CURIOSIDADES ESTHÉTICAS*

ANTONIO BOTTO * LISBOA

UN capcioso aroma de pecado se desprende de estos versos, tal como si de las ramas del árbol paradisiaco se desprendiera la fuerte incitación del fruto prohibido. Pudiera decirse que estos libros trasminan la fascinación que ejerce la serpiente sobre un ruiseñor en éxtasis que hubiese sido sorprendido, cantando, sobre una verde rama temblorosa.

Adviértese aquí una continuada y fluente dilección por todo lo que significa ritmo o constituye el enfloramiento poético, la raíz celeste del árbol musical de cada estrofa. Intentaremos ser cronistas exactos de estas sutilezas, volatilizadas ya, felizmente, con las cenizas de una época empolvada que hizo una filosofía del minué. Esta viene a ser, sin embargo, la más brillante calidad de los poemas de Antonio Botto, tan exquisitamente maquillados en sí, tan suntuosos de color, que sus versos simulan tener una fina articulación sensible, de ritmos y sílabas nerviosas, tal como si fuesen los enjoados dedos de una rútila Salomé, cuyas uñas hubieran sido maravillosamente polisudadas por los pinceles simbolistas de Gustavo Moreau.

Claro está que estas cenizas decadentes significan — sobre la frente párvula de nuestro siglo — el resto, lo que sobrevivió de las grandes hogueras del Simbolismo francés, en las que ardieron los más representativos atributos

de ese Arte que nuestro magnífico pensador Eugenio D'Ors calificó, ciertamente, de «Fin de Siglo».

Por estas razones asépticas, así como en París existe un «Museo de Gustave Moreau, ¿no es hora ya de abrir en alguna parte del mundo el «Museo de Oscar Wilde y sus discípulos»? Creemos que sí, y un poeta del alto linaje intelectual de Antonio Botto, tendría en él, por la fincalidad de su arte, una de las salas más suntuosas — junto a la que fuera consagrada, quizás, al dibujante Beardsley — decorada con ese bizantinismo imperial que es patrimonio escogido de su estro.

Creemos que esta es la hora más propicia para abrir a la curiosidad de los siglos futuros ese Museo ideal, ya que ese arte, escogido, sutilísimo, refulgente — arte grácil y severo que ha sido trabajado a altísimas temperaturas de color — es más propio para ser admirado entre vitrinas, que para ser dejado circular libremente entre las manos, groseramente ensortijadas, de la dorada burguesía internacional de nuestra hora.

Esta constante inquietud que nos circuye, llega a nosotros desde la obra mágica de Rimbaud. Los portugueses poseen un «indicio de oro», como hubiera dicho Mario de Sa-Carneiro: Cesario Verde. Cesario Verde es, en nuestro concepto, el Cézanne de las letras portuguesas. ¡Qué honrosa tradición de procedimientos técnicos! ¡Qué color de frutas tropicales en los bodegones literarios de Cesario Verde! ¡Qué turbulencia de luces y reflejos encontrados, sobre la pelusilla aterciopelada, a contraluz, de sus albérchigos, de sus plátanos, de sus naranjas entreabiertas y rezumantes! Al recordar la obra de Cesario Verde, forzosamente acuden a nuestra memoria aquellos versos de Apollinaire, que dicen:

«La ventana se abre como una naranja,
el bello fruto de la luz.»

Recordamos estos versos de Apollinaire, y el dibujo geométrico, de colores poliédricos, supercubistas, de Robert Delaunay, que los ilustró. Almada Vegreiros — el gran dibujante portugués — sabe muchos colores de estas cosas. Y citamos aquí a Cesario Verde, sirviéndonos de su nombre mágico con el propósito de pretender quemar con él, usándolo a manera de espejo ustorio, todas las viejas naves inservibles de ese legendario romanticismo portugués, de cuyos periplos audaces también quedaron estelas heroicas en estos libros de Antonio Botto.

A D R I A N O D E L V A L L E

ALUSIÓN A UN LIBRO DE SUGERENCIAS

TENED cuidado. Vive la América española!
hay mil cachorros sueltos del León Español!

advierte a Roosevelt con gallardía rítmica el gran Rubén Darío, del que nuestro Machado dice ser:

este noble poeta que ha escuchado
los ecos de la tarde y los violines
del otoño en Verlaine, y que ha cortado
las rosas de Ronsard, en los jardines
de Francia, hoy, peregrino
de un ultramar de Sol, nos trae el eco
de su verbo divino...

y esta advertencia, tejida entre las sonoridades del verso siempre musical del maestro, se torna en nuestros días en genial vislumbre. Existen, cierto, ciertísimo, «mil cachorros sueltos del León Español!», que sin olvidar su racial existencia pregonan con erguida apostura y gallardo denuedo su raigambre espiritual de estirpe española.

Martín S. Noel es uno de esos nobles e hidalgos y legítimos cachorros que en América tiene el León Español.

Cuando ahora viene a España, a la «ensortijada ciudad» del caudaloso Betis, con el alma de su patria, para elevar en ella un Pabellón representativo, viene, como dice el vate Machado, de Darío:

la nave bien guarnida,
con fuerte casco y acerada prora,
de viento y luz la blanca vela henchida,
surca, pronta a arribar, la mar sonora;
y yo le grito ¡Salve! a la bandera
flamígera que tiene
esta hermosa galera
que de una nueva España a España viene.

Así llega Martín S. Noel a nuestra ciudad, pleno de entusiasmo y de ilusiones, a cumplir una misión bella y noble, que por eminentemente histórica la consideramos sagrada. Representa él, el anticipo de esa América a la que Roosevelt debió tener cuidado, según Rubén Darío, pues que en ella había tanto de España, de su espíritu, de su cultura, que viene a España con el bagaje de su arte, a erigir un monumento que ha de significar, en su día, la fraternidad de la raza, acoso quizás, de esa raza cósmica preconizada por Vasconcelo.

Y como Martín S. Noel no es uno de esos arquitectos de tipo muy siglo XIX, olvidadizos de su misión estética, que reducen su obra a la pura ciencia y mecánica; por el contrario, es artista que cuida siempre de impregnar de sentido a su labor, procurando con excesivo escrúpulo dar expresión fiel en la forma a la idea, aún justifica ésta con razonamientos en libros.

De su último libro «Fundamentos para una Estética Nacional», he querido hacer una alusión, siquiera sea para señalar el gran interés que éste tiene en el movimiento artístico de ambas razas.

En este libro, rica y bellamente editado, Martín S. Noel procura esbozar una estética, o como mejor dijéramos, el fundamento de un orden estético que le demarque la orientación de un arte nacional. Avizorar una estética nacional en el caso de América latina, es árdua tarea que sólo emprende hoy un «heravicus».

Pero el «heravicus» se ha abstraído del medio que le rodea, ha mirado, observado y estudiado el objeto-herencia, y de su sentido, de su goce, de eso que Meunmaun dice «vivencia artística», se ha inspirado para entonar con su «huaira» literaria, un canto penoso, redactado con ciertos atisbos gongorinos y una pulcritud de lenguaje exquisito; resultando, que al finalizar su lectura nos percatamos de que hemos verificado un excelente viaje, lleno de emociones, por el río portentoso de nuestras

razas, cuyas riberas están exornadas de inextinguibles sugerencias.

El mismo problema que Martín S. Noel trata en su libro, está palpitante en España; por eso éste viene a despertar entre nosotros igual meditativo comentario. Y puesto que un nexo común nos une a los españoles con los americanos de habla española: lengua y cultura, el problema de ellos es también evidentemente nuestro; hoy con más fuerza, que América española y España se entienden fraternalmente.

De la lectura del libro obtenemos una conclusión definitiva, y es ella: que así como debemos convencernos los españoles de que no nos podemos enorgullecer como el pueblo griego, por ejemplo, de tener un arte arquitectónico propio, sólo, eso sí, de poseer un módulo especial para la adaptación de las artes advenedizas, que al usarlas y combinarlas las tornamos en expresiones genuinas de un espíritu y no propiamente en creaciones originales de forma, y que somos por ésto, en la construcción arquitectónica, «mudéjares» por excelencia (y entiéndase que digo «mudéjares» en su sentido genérico). Los americanos pueden también deducir, por la verdad histórica, que tampoco tienen un arte verdaderamente propio, no por falta de prehistoria y de arte, sino porque al llegar la civilización occidental en las galeras españolas, con el intrépido Colón, su arte indígena queda truncado para siempre, no desarrollándose en un grado superior y de cultura, y desde entonces, al admitir la arquitectura nuestra como propia, y sólo, más tarde, dar destellos raciales en la decoración, se convierten en tan «mudéjares» (*) como nosotros.

Los americanos de lengua española se encuentran hoy en las mismas condiciones (lígeras diferencias) nuestras; esto quiere decir: no con un arte genuinamente propio, sino como los españoles, con un módulo especial para la expresión artística dimanante del espíritu, o como mejor diríamos, de la sensibilidad.

Y como la cultura occidental (entiéndase «cultura occidental» a la que describe Spengler) fué llevada por España, que es tanto como decir por Quijote, he aquí

(*) En este caso, empleo la palabra «mudéjares» en su sentido etimológico.

también, señalado el contacto de imantación que tienen ambas razas.

Efectivamente, en las naos va España, pero va España a América con Sancho y Quijote. Sancho, con pomposas investiduras, va a su real Ínsula Barataria, y aunque para él todas sus sanchadas le parecen útiles, fracasa rotundamente. Quijote, más modesto en sus pretensiones y menos revestido, llega a las Indias ricas a desfacer entuertos, a corregir yerros, y he ahí cómo unas veces con bizarra bravura, y otras con profundo amor y fe, triunfa siempre: funde su sangre con la sangre de ellos, les dota de un hermoso idioma, en fin, los entrega al mundo civilizado como un pueblo más de los pueblos existentes, tan cultos como los otros, joven y ansioso de vivir como el más progresivo.

Como Rubén Darío con su advertencia a Roosevelt; como Rodó fija en su «Camino de Paros», «que la figura de Miguel de Cervantes, no sólo por la suprema representación de la lengua, sino también por el carácter de su obra y el significado ideal que hay en ella, puede servir de vínculo impercedero que recuerde a América y España la unidad de su historia y la fraternidad de sus destinos», Martín S. Noel, en sus «Fundamentos para una Estética Nacional» trae a la palestra un hondo problema, quizás el más interesante para el porvenir de ambas razas, ya que éstas serán fraternas, siempre que les una los lazos de cultura y espíritu.

En su libro, Martín S. Noel sugiere, a manera de entes luminosos, todos los estados del alma americana, que por tener tanto de España, también de ésta traslúcese su alma, y nos deja palpitanter de ilusión, de una gran esperanza que se realizará en muy próximo porvenir.

Y como este libro justifica en todo, las razones por las cuales ha imaginado y trazado el Pabellón, éste parece ser la «Paccari-Tampa» de la raza cósmica, o sea la «Posada de la Aurora» del gran advenimiento de esa raza superior, en la que España formará hermandad.

JOSÉ MOLLEJA

Excursiones OROMANA

MARZO 1927

A LA GRUTA DE
LAS MARAVILLAS

MAYO 1927

A LA FERIA
DE ÉCIJA



AQUEL buen amigo murió. En el lecho de dolor, sus ojos vidriosos tenían profundidades y transparencias de mar—verde-azulados—, aquellos ojos, nos hablaban de una marcha próxima y lejana. ¡Pobre amigo! En aquella hora nos miró largamente, lejanamente iba su mirada. A través de nuestra alma cruzaron velozmente aquellos últimos resplandores de vida, que arrancaron a su retina toda su brillantez y que traspasaron nuestros ojos y nuestro cerebro, y sentimos que tras de nuestra cabeza, aquellos rayos seguían su ruta hacia el infinito.

Su vida fué noble, caballeresca; y su corazón, recio y sencillo, tenía la ternura del pan. Bueno, convirtió en estoicismo doloroso su existencia; y el amor a los suyos fué superior a su propia vida, semejaba la fuentecilla fraterna, piadosa, que da un trozo de su alma musicalizada, en un copioso derrame de lágrimas.

Pero el recuerdo no se extinguió con su muerte. Reminiscencias surgen del ocaso en la hora sangrienta, rojas llamaradas de cielo pintan sobre el infinito pavoroso notas de tragedia, y el alma de aquel buen amigo se levanta y se asoma a la vida, pero huye enseguida, porque la cúpula azul anuncia la noche, con el clarín luminoso de una estrella.

Le veo allá lejos, en aquel pueblo serrano, cuando subíamos por la carretera—pendiente penosa y diaria—, siempre a la misma hora; mientras en el llano, el tosco arado—hombres, bueyes y maderas—abría los surcos, las nubes negras, muy negras para mí, manchaban el cielo. Pasaban por aquel mismo sitio las dos maestras del lugar, con sus blancos zapatos, que respondían a nuestros saludos con modales tan suaves y siempre tan iguales. En aquella época, el triste enfermo era yo. En el recodo que hace la carretera al entrar en el pueblo, nos sentábamos sobre una piedra, que parecía haberse colocado allí para que reposáramos un instante; enfrente teníamos aquel castillo ruinoso, asomándose a la peña, que siempre queríamos ver de cerca y que nunca le vimos, porque aquel camino nos traía destrozados. Desde aquel sitio veíamos pasar a diario el coche-correo, que siempre traía caras nuevas, almas gastadas de la ciudad que venían a reponer las fuerzas. ¡Oh, ilusión!, y cómo regresaban después, más tristes y más sin consuelo. Aquel camino era la ruta de los desilusionados, de los enfermos, de los eternos enfermos, sin esperanza.

Te recuerdo siempre, porque a mi espíritu abatido le dabas aliento, sin saber que la muerte te acechaba a diario, contándote los días. Tú sólo pensabas vivir, soñabas con tu hogar, tu madre, tu esposa y aquella niña tuya, tan pequeñita, que era alegría, consuelo, cielo, flor... Soñabas en el mañana, sin saber que el alba de cada día era para ti más incolora.

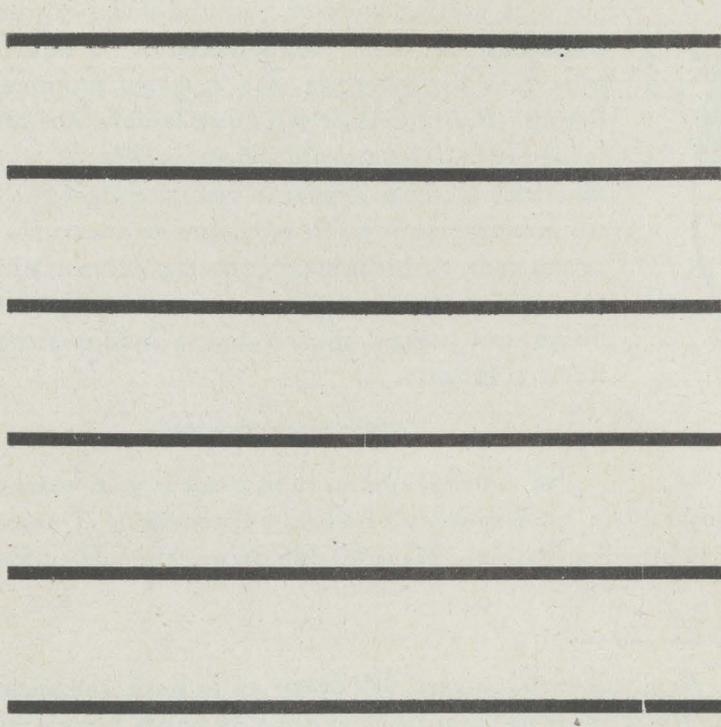
La tragedia llegó—inafausto día—y calladamente, sin quejarte casi, abandonabas la tierra, encaramándote—marino del cielo—sobre un rayo de luz, que fúlgidamente te dejó en una estación lejana, desde donde, cada tarde, siento que me hablas, como en otros tiempos, a través del color de las nubes.

Tu madre, tus hermanos, tu esposa, las dos maestras del lugar, el cartero José, su hermana Pura y todos aquellos amigos y amigas que conquistastes en aquel pueblo serrano, te recuerdan siempre, y tu hija, aun pequeña e inocente, cuando está triste, mira al cielo y dice: —Allí está mi papá, que me quiere.



Sevilla y Noviembre de 1926.

J O S É T O R R E R E V E L L O



MUY EN
BREVE



IMPRESOS y

ARTICULOS DE ESCRITORIO

M. CARMONA

De las grandes y prósperas
industrias españolas

EXPORTACIÓN DE ACEITUNAS
/ / / / / Y CONSERVAS / / / / /

ESPEJO-GUTIÉRREZ

CASAS UNIDAS, S. A.



Dirección telegráfica: UNIDAS * Clave en uso: A. B. C. 5.^a Edición mejorada

ALCALÁ DE GUADAIRA
(SEVILLA)

OROMANA

REVISTA DE LAS ESPAÑAS
Y DE EXALTACIÓN
A LA BÉTICA UBÉRRIMA E INMORTAL

VÉNDESE EN MADRID:

BAR-SOL (Puerta del Sol)
KIOSKO DE LAS CALATRAVAS (Calle Alcalá)
KIOSCO DE ALCALÁ (Esquina a Gran Vía)

Y cuenta con un grandísimo número de
lectores y suscriptores en toda España
y parte del Extranjero

CONSÚLTESE

nuestra tarifa de publicidad, siempre
artística y altamente económica y eficaz

PRECIO DE LA REVISTA DE LAS ESPAÑAS

O R O M A N A

P E S E T A S : 0 , 5 0
